

El Espíritu de Verdad

Índice de Materias

Prefacio - El Espíritu de Verdad

Capítulo 1 - Andar En La Verdad

Capítulo 2 - La Verdad Que Transforma

Capítulo 3 - Creados Para Vivir En La Verdad

Capítulo 4 - El Espíritu Santo De Verdad

Capítulo 5 - Verdad En Carácter Y Conducta

Capítulo 6 - La Verdad Absoluta Y El Espíritu De La Mentira

Capítulo 7 - La Verdad - Un Espíritu Sin Engaño

Capítulo 8 - Humildad - El Camino De La Verdad

PREFACIO

“...la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, *columna y baluarte de la verdad*” (1 Timoteo 3:15).

Sospecho que en la experiencia de ustedes, como en la mía, las referencias a esta descripción fundamental de la Iglesia, han sido raras. La omisión puede ser muy significativa, pues la infeliz verdad es que de todas las instituciones de la tierra, la iglesia es la más artificial e inauténtica, la más predecible y programada.

¿Cómo es que un fenómeno cuyo origen es celestial y que fue comprado con precio tan alto se haya convertido, para nuestra generación, en una cultura tan melancólica? ¿Acaso hemos fallado en salvaguardar y celosamente dar un precio a la verdad misma, sin ejercer la vigilancia diaria y de momento a momento que requiere la verdad por su misma naturaleza? ¿No hemos reconocido que la cuestión de la verdad es mucho más que la simple complacencia a la forma, que tan sólo satisfaría la intensidad de un amante de la verdad?

En forma suficiente y apropiada, el ensayo que ustedes están próximos a leer tuvo su origen en una iglesia donde me encontraba un domingo en la mañana, libre de cualquier otro compromiso, para gozar el lujo de escuchar a otro predicador. Iba ligero como una liebre, lleno de deleite y expectativa, sostenido por la profusa alabanza para el ministro como predicador de la Palabra, por el hermano que me escoltaba.

Me sentaba en el palco de la atestada iglesia, atento y expectante, pero no sin estar un poco preocupado por los grupos tan distintos a mi alrededor. Por una parte, la audiencia incluía racimos de adolescentes frívolos, mientras por la otra, me impactó el aire de rigidez religiosa, sin gozo, de los adultos. Me esforzaba por estrangular mi subjetividad predispuesta, sin querer en ninguna forma permitirle ser un obstáculo para la Palabra predicada que ahora comenzaba a surgir. A medida que el mensaje se desenvolvía, pude rápidamente entender el entusiasmo que mi compañero mostraba hacia el predicador. Las frases eran claras, precisas y correctas. Pero, entonces, ¿qué era esa extraña incomodidad que se levantaba en mi alma y que aumentaba con cada palabra, hasta que finalmente todo mi interior quedó anudado en una angustia inexplicable?

Por último, me di cuenta de mi dilema: Mi mente aprobaba la corrección exterior bíblica y doctrinal de la Palabra que se predicaba, ¡pero mi alma se apartaba del espíritu de la predicación que contradecía cada sílaba! Por un lado estábamos unidos al compromiso y sacrificio radicales, mientras que el otro decía: “No hay necesidad de entrar en pánico; no es necesario tomar esto en serio—recuerden, esto es sólo un sermón. Daré un mensaje bíblico semanalmente y ustedes proveerán para mi bienestar y seguridad personales. No quiero retarlos, ni que ustedes me reten, y así todos la pasaremos bien.”

En ese momento nació en mí el darme cuenta (¿acaso no lo había visto desde mucho tiempo antes?): *la verdad debe ser toda la verdad y nada más sino la verdad, o no es la verdad*. El espíritu del que habla—la constitución y la determinación de la persona—deben estar en total acuerdo con las palabras que habla, o es una mentira. Las devastadoras palabras de la viuda de Sarepta al profeta Elías todavía me penetran:

“Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca” (1 Reyes 17:24).

Así comenzaron las reflexiones que aparecen como una serie de mensajes, que ustedes están próximos a leer. Mi colega en este intento es Paul Volk, creyente como yo, a quien ustedes con mucha probabilidad han tenido poca ocasión de conocer. Nuestras almas se han venido a entrelazar con los años que hemos pasado juntos en una comunidad del norte de Minnesota, donde hemos luchado a través de las cuestiones de la fe. Somos judíos de inclinación intelectual y académica, buscando desenlazar la fe de sus ataduras tradicionales y culturales para poder contemplarla y proclamarla en toda pureza. Hay muy pocos hombres que conozcan mejor mi corazón y que sean capaces de interpretarlo y expresarlo con una claridad tan poco común. Como su esposa Adrienne lo dice con frecuencia: “No es posible saber dónde comienza el uno y dónde termina el otro.”

Bueno, lo *puedo* decir, pues a menudo se me ha permitido admirar, sino también envidiar, cómo Paul convierte un pensamiento en un aforismo compacto y penetrante, y que por tanto puede justificar todo este libro. Me he quedado con el extraño sentimiento al leer el manuscrito de algo que es mío, y sin embargo no lo es—íntimamente familiar, pero al mismo tiempo nuevo. La síntesis de dos pensamientos, y de los respectivos espíritus y corazones, lo hace cualitativamente distinto e infinitamente mejor; es incluso, si ustedes así lo desean, una degustación anticipada de las glorias del verdadero corporativismo que espera el fluir unido del cuerpo de Cristo en esta hora final. Ustedes serán los jueces. Como lo he dicho con cierta frecuencia, la teología es demasiado preciosa y expansiva para las labores de una sola persona, pero necesita una pluralidad de esfuerzo y penetración para dar a luz su biselado brillo. Que este libro sea una insinuación de esto, sin importar lo modesta.

Por último, que nuestro esfuerzo encienda de nuevo el amor a la verdad para que, en esta turbulenta y oscura era de engaño, nos pueda salvar de perecer. El espíritu cínico de Poncio Pilato que implica que la verdad no se puede conocer, o el espíritu en nuestra era relativista que dice que la verdad ni siquiera existe, cada vez impregna más todo. Es una presunción y una posición que está de moda, que en sí misma es una mentira y que contendrá contra la verdad incluso hasta la muerte. El amor por la verdad, que es el único antídoto, será costoso en esta hora. Que el Señor, quien es la Verdad, sople sobre estas páginas para inspirar el coraje de desear y buscar la verdad, de testificar de ella y obedecerla, de sufrir por ella como inevitablemente se debe hacer, de manera que al final pueda haber en un mundo engañador, una Iglesia que sea la columna y el baluarte de la Verdad. Que seamos guardados de aquel anhelo por las manifestaciones del poder de Dios que es inconsciente, según nos recuerda Jessie Penn-Lewis, pues el Espíritu de Dios,

antes que se pueda conocer o experimentar como poder o como amor, es primero y principalmente, el Espíritu de Verdad.

Arthur Katz
Laporte, Minnesota

Introducción

“¿Qué es la verdad?” Poncio Pilato nunca hizo una pregunta más importante. Y, aunque el hombre a quien se la hizo no contestó ni una sola palabra, nadie ha recibido jamás una respuesta más completa y articulada. ¿Por qué Jesús guardó silencio? Y, cuando se les hace a los hombres la misma pregunta hoy, ¿por qué nos sentimos tan obligados a hablar? Podríamos pensar que hemos tenido a nuestra disposición muchas más verdades y doctrinas correctas que las que tuvo Jesús. Podríamos haber dado a Pilato una afirmación muy impresionante, por completo escritural y correcta. ¿Por qué no hizo Jesús lo mismo? En otros tiempos y en otras oportunidades, sin duda Él fue elocuente. Podía razonar y contender con las mejores mentes religiosas en Israel.

Sin embargo, ante Pilato, Jesús, el maestro del debate, el interlocutor escritural máximo, permaneció mudo. Su silencio no nacía de falta de verdades. Poseía las verdades en abundancia. No guardó silencio porque le faltaran verdades, sino porque estaba lleno de verdad, porque Él era la Verdad y, en ese momento, musitar una simple verdad, podría haber servido para oscurecer la verdad viviente que era. Si Pilato no pudo ver verdad ante él, en una luz y claridad intensificadas por el silencio en que se levantaba, entonces no podría haber oído nada que le pudiera salvar. Y eso hace que nos maravillemos si quizá la razón para que con tanta frecuencia no podamos permanecer en silencio, estriba en nuestro temor que sólo haría más aparente la ausencia de la verdad, más que su presencia en nosotros.

Jesús pudo no haberle hablado a Pilato, pero en cambio nos habló a nosotros. Inclusive nos respondió la pregunta que Pilato hizo, pero su respuesta fue tan llena de perplejidad y tan contraria a nuestras expectativas, como fue su silencio ante Pilato. “Yo soy la Verdad,” había dicho, para implicar que *la verdad es más que una suma de respuestas correctas. No es algo que se pueda poseer sino algo, primero y por encima de todo lo demás, que se es*. La Verdad es espíritu, es vida; y este espíritu, esta vida, es el camino, el único camino al Padre. **“...Yo soy...la verdad...nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).**

Repentinamente nos amanece y vemos que no es por *tener* verdades, sino por *convertirnos* en verdad que somos salvos. El deseo de Dios no es tan sólo informarnos, sino transfigurarnos, no llenarnos con verdades, sino hacernos verdad. El Espíritu Santo, el Consolador, el Espíritu de Cristo, el Espíritu de adopción que derramó el amor de Dios en nuestros corazones, es el Espíritu de Verdad.

Jesús nos deja en un terreno nuevo, no familiar. Sabemos lo que significa que una afirmación o una doctrina sean verdaderas, pero ¿qué significa cuando un hombre declara: “Yo soy la verdad”? Sabemos lo que quiere decir tener verdad, pero vacilamos

ante la idea de ser verdaderos. Estamos y nos sentimos mucho más en casa con la religión que está ocupada en tener y hacer. Sabemos cómo ir por ahí y adquirir más y más verdades. Pero la religión de Dios está animada al máximo por un deseo de ser, no simplemente por hacer o adquirir. *Buscamos poseer la verdad. Dios busca hacernos verdaderos. La diferencia es amplia y las clases de hombres producidos por cada búsqueda, difieren enormemente y tendrán un efecto completamente distinto.*

Si creemos que por tener somos, que convertirnos en verdad es simplemente una función de adquirir una cantidad suficiente de verdad, estamos en engaño. Tal engaño produce, si se le permite seguir sin quebrantarlo, el espectáculo trágico e irónico de hombres impecables (así ellos lo creen) en sus doctrinas, pero que viven vidas que esencialmente son actuación e imitación, es decir, falsas. Si una viuda pudo decir a Elías: **“...la palabra de Jehová es verdad en tu boca” (1 Reyes 17:24)**, entonces de esto se deduce que la Palabra de Dios en la boca de alguien, puede ser falsa. La boca, la voz, no están separadas de la palabra que sale de ellas. La voz y la palabra son un continuum inquebrantable. Jesús habla la palabra de Dios, porque Él es la Palabra de Dios. Él habla verdad, porque es verdadero. Las verdades son importantes, pero sin el Espíritu de Verdad en nosotros para animarlas, están tan muertas, y son tan mortíferas, como la ley escrita en la piedra. Si la ley sola, aunque se cite y se siga correctamente, no pudo hacernos rectos ni justos, entonces ¿cómo las verdades solas, aunque se profesen con toda la ortodoxia, nos podrán jamás hacer verdad? Así como Cristo es la meta y el cumplimiento de la ley de Dios, de igual manera es la meta y el cumplimiento de las verdades de Dios. El mismo Dios que pudo hacer de un fariseo como Pablo una epístola viviente de Su gracia, por el Espíritu de Gracia, también puede convertir a Su Iglesia en una demostración viva de la verdad por el Espíritu de Verdad.

Este libro pretende ser algo distinto de una exposición de verdades bíblicas. Esperamos que demuestre ser más que simplemente otro libro *acerca de* la verdad. Ha tenido su origen en una serie de mensajes hablados en diversos días a una reunión de creyentes; mensajes que se querían dar para revelar e inclusive demostrar el mismo Espíritu de Verdad, que es la esencia de todas las verdades. Con frecuencia es ya suficientemente difícil capturar las verdades escritas una vez que se hablan. Pero es inclusive mucho más difícil atrapar el espíritu con que se dijeron. Se pretende que este libro sea verdadero, en palabra y en espíritu. Se pretende que restaure la unidad entre la palabra y la vida de verdad, sin la cual la verdad es fría y muerta. Si sólo informa a sus lectores, habrá fallado. Si Dios lo puede usar, en algún grado, para transformarlos, habrá tenido éxito.

Sin embargo, puede ser necesaria una palabra final de advertencia. Las páginas que siguen consistentemente proclaman la verdad como un espíritu, es decir, algo más que palabras. *Claro está que la verdad es más de lo que podemos decir; debería ser lo que somos. Pero mientras la verdad es más que palabras, no es menos que palabras.* Vivimos en una edad que de manera constante desprecia y denigra la verdad proposicional. Inclusive, dentro de la iglesia, se está convirtiendo en una fuente de vergüenza el contender sobre las doctrinas de la fe, como si toda contienda fuese de necesidad contenciosa, y ¿quién quiere que se le ponga la etiqueta de divisor en nuestra época crecientemente ecuménica? Algunos parecen pensar que por el hecho de usar la

palabra “simple” antes de “doctrina” ya el tema se ha tratado de manera suficiente. Pero no hay doctrinas “simples.” Las verdades de la fe son, y continuarán siendo, dignas de vivir y morir por ellas.

Sería un error tomar el énfasis de este libro sobre la verdad como un espíritu, como si estuviese en oposición a la verdad como palabra. *Es necesario proclamar el Espíritu de Verdad, no porque la palabra de verdad no sea importante, sino precisamente porque es muy importante.* Las verdades que se proclaman rudamente, sin una vida que sea verdad, son un mal servicio a la verdad. Pero de la misma manera, la categoría de “auténtica” o “real” o “verdadera” de una forma que disminuya el sitio y el valor de las verdades una vez dadas a la iglesia constituye igualmente un mal servicio para la verdad. Este libro es un clamor por toda la verdad. Sería trágico y una verdadera ironía si el Espíritu de Verdad se llegase a convertir en incluso otro estandarte definitivo detrás del cual se enaltezca una versión de la verdad parcial y, por tanto, falsa.

Paul Volk
St. Paul, Minnesota

Capítulo 1

Andar En La Verdad

Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma. Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad. (3 Juan 2-4)

No Hay Gozo Más Grande

De todas las cosas que posiblemente podrían describir nuestra relación con la verdad, ¿por qué Juan eligió el término “andar”? Y, ¿por qué saber que sus hijos andan en la verdad, le produce ese gozo tan grande? Hay otras expresiones mayores que podrían haberse usado, sugestivas de algo más elevado y espiritual. Pero andar es una actividad tan común, tan ordinaria que le dedicamos poco, o quizás ningún, pensamiento. Es tan inconsciente como respirar, y eso es en forma precisa, lo que la hace tan importante, tan reveladora. Andar es con toda exactitud la palabra correcta porque no sugiere nada excelente, ni alto, ni exaltado. Baja la verdad al día de hoy, en todos los aspectos de la vida de una persona, que es el lugar que le corresponde.

Andar es parte de casi todo lo que hacemos, ya sea para ir a la nevera o al púlpito. Difícilmente hay una palabra más inclusiva que “andar” o, por tanto, más apropiada para describir la conducta diaria de nuestras vidas. No es de extrañar entonces que Juan la haya elegido para describir nuestra relación con la verdad y no es de extrañar que Juan, y podemos con certeza agregar que Dios mismo, se regocija cuando ve a Sus hijos que andan en la verdad. **“No tengo mayor gozo...”** ¿De esto no se deduce entonces que su pena es oír que sus hijos, tan conocedores de las “verdades” andan en pretensión, engaño y mentiras?

Andar en la verdad no es algo que simplemente sucede. Aunque se expresa en forma tan natural y tan impensada, no se alcanza por accidente y sin que intervenga una decisión. Andar en la verdad ocurre tal como el andar mismo: un paso a la vez. Elección tras elección, momento tras momento, es lo que nos hace permanecer en la verdad o escogeremos la falsedad. Tomar una pose o no; calcular el autointerés del efecto de una palabra, un gesto, o no; decir algo “apropiado” pero insincero o no; tales elecciones se presentan una y otra vez en el curso del día y el resultado de su efecto acumulativo es volverlo a uno habitualmente verdadero o no verdadero. Sería un grave error pensar que el hecho de citar versículos de modo correcto o suscribirse a las doctrinas correctas, constituye completamente andar en la verdad. Un hombre puede decir todas las palabras correctas, y sin embargo contradecirlas con la manera insincera como las enuncia. Usted

le oye y mientras su intelecto asiente “verdad,” su espíritu manifiesta “falso.” Es posible conocer la verdad, pero no andar en ella, y la verdad realmente está en nosotros, y nosotros en ella, sólo hasta el grado en que andemos verdaderamente en ella.

Expresar La Verdad En Todas Las Cosas

Es posible parafrasear una afirmación de Pablo en Efesios de la siguiente manera: **“Permitamos que nuestras vidas expresen amorosamente la verdad en todas las cosas, hablando la verdad, haciendo nuestros negocios y tratos con toda verdad, viviendo en la más sincera y completa verdad” (Efesios 4: 15).** Pocas declaraciones captan tan bien el significado de “andar en la verdad.” “Todas las cosas” significa todo-incluido. No es posible limitar la verdad a nuestro hablar y aún cumplir lo que Pablo dice en el pasaje citado. Tendemos a no ver ni a considerar nuestras vidas como inconsútiles en su totalidad, sino a tenerlas como una serie de retazos de fragmentos discretos. Tendemos a depositar todo en compartimientos. Vivimos como si nuestra salud tanto mental como física, nuestra fe, nuestras doctrinas, nuestras relaciones, como si todo existiera en esferas distintas, cada una con sus propias regulaciones y normas, bastante aisladas de las otras o hasta sin relación alguna con ellas. Así, peligrosamente malconcebimos nuestra propia naturaleza como fragmentaria y sufrimos porque lo hacemos. Entonces, no es de sorprender que construyamos mal la naturaleza de la verdad misma e imaginemos que pertenece tan sólo a nuestras doctrinas y a nuestro pensamiento. Escasamente se nos ocurre que la verdad penetra y se expresa a través de todos los aspectos de nuestra vida, en todas las cosas, ni que cada una de nuestras vidas sea algo completo a través del cual se debería expresar la verdad. El hecho es que es la verdad, el Espíritu de Verdad, la que nos une y nos mantiene juntos. Al confinar la verdad a una pequeña parte verbal y doctrinal de nuestras vidas, nos condenamos a estar fragmentados y llenos de contradicciones y oposición interna, es decir, nos condenamos a no ser verdaderos.

Andar es una actividad, no sólo de los pies, sino de todo el cuerpo. Si todo el cuerpo no anda, entonces ninguna parte de él lo hará tampoco. **“...Expresar la verdad en todas las cosas...”** Si no la expresamos en todas las cosas, entonces ¿qué es lo que estamos expresando? Podemos hacer declaraciones verdaderas, pero tales afirmaciones son sólo un efecto de la verdad, si se relacionan con ella, pero por sí mismas no constituyen su esencia, su demostración. Debido a que la verdad es una calidad de vida al máximo, un espíritu viviente, requiere una vida por cuyo medio se pueda expresar. La verdad se debe vivir o dejará de ser verdad. Es por esto que nuestro andar en la verdad, y nada menos a eso, lo que hace que Juan, al igual que Dios mismo, se regocijen. **“No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad.”**

Una casa dividida contra sí misma no puede permanecer. Y un hombre dividido dentro de sí mismo tampoco puede permanecer. Jesús pasó cerca de un hombre que estaba al pie del estanque de Betesda, paralizado desde hacía treinta y ocho años, y le preguntó si

quería ser sano. ¿Cuál sería nuestra respuesta si repentinamente el Señor nos hiciera la misma pregunta?

Hay muchos de nosotros que hemos estado paralizados por un tiempo semejante o quizá más, mientras permanecemos en nuestra comprensión “correcta” pero incapaces de andar en la verdad. Para poder andar en el Espíritu de Verdad, debemos estar sanos. ¿Queremos ser sanos? Cuando Dios llega y nos dirige ese interrogante, nos pregunta sobre algo que es mucho más que nuestra salud o nuestra cuenta bancaria. Nos pregunta sobre toda nuestra vida. ¿Queremos que la verdad sea como una plomada en cada una de las áreas de nuestra vida para revelar y corregir toda inconsistencia? ¿Queremos que todo lo que sea falso y engañoso sea removido, de manera que podamos hablar verdaderamente, tratar con la verdad y vivir de acuerdo con la verdad? Todos queremos andar, pero ¿queremos andar en el camino y en la vida? Jesús dijo: **“Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí” (Juan 14:6).** Para ser sanos, para poder andar en este camino, no necesitamos clamar: “Señor, dame más verdad,” sino: “¡Señor, hazme verdad! ¡Enseña a mi corazón a temer Tu nombre!”

Un hombre que anda en la verdad no es difícil de reconocer. Tiene gran consistencia en toda su vida: ministerio, trabajo, adoración, matrimonio. Su guardarropa, su dispensario de medicina, y su rostro, no se contradicen entre sí. Esa misma realidad y totalidad es la verdad misma que se hace conocer a través de la vida de alguien—y es algo que se nota. Cuando las vidas interior y exterior entran en unidad, siempre se va a notar. Esto es la verdad. Esta es la salvación: una vida libre de las cargas y de las tensiones que tratan de mantener en unidad una vida desconectada, de ser una persona distinta en el trabajo, en la iglesia, en el hogar, y a solas. ¿Pero, sí queremos tanta verdad como ésta? ¿Queremos tanta salvación como ésta? ¿Queremos tanto de Dios? Decir: “Amo la verdad,” pero desear ser menos que completamente verdaderos es, en sí mismo, una contradicción, tanto como es una contradicción decir: “Amo a Dios,” y sin embargo no amarlo con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas. Nuestro amor por Dios realmente no es más grande que nuestro amor por la verdad. No tenemos más del uno que del otro. La verdad, al igual que Dios, no se va a imponer por la fuerza sobre nosotros. Penetrará en nuestro interior sólo hasta donde lo permitamos y permitiremos que viva en nosotros tanto como lo deseemos y tanto como queramos andar en ella.

Cristianos Con Baño De Plata

Años atrás, cuando los dólares de plata se hacían de plata verdadera, se usaba una manera muy simple para comprobar si eran genuinos o no. Todo lo que se debía hacer era arrojarlos al piso y escuchar el sonido que daban al golpear el suelo. Si una moneda era imitación, simplemente era bañada con plata, aunque pudiera tener toda la apariencia de ser genuina, producía un sonido sordo al caer al piso. En contraste, el dólar de plata real, sonaba verdadero porque era de plata, no sólo en el exterior sino en la totalidad. La imitación puede haber tenido plata verdadera en su superficie pero seguía siendo sin

valor. Tenía que ser de la misma sustancia tanto en su núcleo como en su superficie o no era un genuino dólar de plata.

En la iglesia hoy, tristemente, hay muchos “cristianos con baño de plata.” Existe una capa de verdad real en la superficie de nuestras vidas. Sonamos muy escriturales. Sin embargo, nuestra condición presente, el estado verdadero de nuestro hombre interior, se revela no por cuán bíblicamente correctos seamos, sino por el sonido que hacemos al golpear el suelo. ¿Qué sucede cuando nos encontramos en una situación inesperada, una adversidad, una tentación? ¿Cómo respondemos cuando no hay tiempo para componer una frase bíblica o un rostro religioso? ¿Nuestra vida suena verdadera tanto en el trabajo como en la casa o cuando estamos solos y nadie nos ve ni nos oye? ¿Cuáles son nuestros pensamientos interiores cuando tenemos libertad para pensar lo que queremos? ¿Somos plata en todo y por todo o solamente en la superficie y en el exterior? En los salmos, David expresó su propia deducción acerca de la verdad como Dios la considera: **“He aquí, Tú amas la verdad en lo íntimo...” (Salmo 51:6)**, dijo David a Dios. Él entendió en ese momento lo mismo que Juan expresó muchísimos años después: El mayor gozo de Dios está reservado para Sus hijos que andan en la verdad.

El Engaño De David

David escribió el Salmo 51 como resultado de una revelación profunda y dolorosa de lo más íntimo de todo su ser. El relato nos es bastante familiar. David prefirió que mataran en la batalla a Urías, el esposo de Betsabé, a que su adulterio saliese a la luz. Después de un tiempo considerable, el profeta Natán fue a David para confrontarlo. Lo hizo de una manera bastante indirecta, contándole primero una historia. Le cuenta cómo un hombre rico que tenía necesidad de sacrificar una oveja para dar de comer a un huésped que le visitaba, le quita la única ovejita preciosa a un vecino pobre. El sentido de justicia de David fue provocado, y lleno de ira pronuncia un juicio severo contra el hombre rico. **“Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia.” (2 Samuel 12:5-6).** En aquel preciso instante, y no un momento antes, es que Natán se vuelve a David y le dice: **“¡Tú eres aquel hombre!” (2 Samuel 12:7).**

Pasó un tiempo considerable entre el pecado de David y el día en que Natán lo confrontó. ¿Por qué Dios no envió al profeta inmediatamente? ¿Por qué le permitió a David seguir en su pecado? La respuesta está en el propio corazón de David y en lo que él necesitó ver en sí mismo. Presumiblemente continuó en su actividad diaria como rey de Israel, para no mencionar su relación diaria con Betsabé. ¿Cómo le era esto posible?

David había sido terriblemente injusto, y sin embargo, su pecado no le impidió discernir y responder con gran rapidez y tremenda indignación ante la injusticia del hombre rico que aparecía en el relato de Natán. David era un hombre apasionadamente comprometido con la justicia, mientras al mismo tiempo era injusto en sí mismo. De hecho, con mucha frecuencia así nos sucede en forma exacta a todos nosotros; somos muy rápidos para

discernir el error en los demás, como lo fue David en su ira hacia el hombre rico. Podemos ser “hombres de verdad” fervientes en lo exterior, mientras por dentro vivimos una mentira sobre nosotros mismos sin saberlo. Cuando Natán dijo: “Tú eres ese hombre,” David vio revelada la propia brecha que había entre su hombre interior y el hombre exterior. Vio un corazón injusto en medio de un celo ardiente por justicia. Esto fue lo que hizo su arrepentimiento tan profundo y tan completo.

La Verdad En Lo Más Íntimo

Deberíamos orar para que Dios enviara unos cuantos hombres más como el profeta Natán, y no solamente a nuestro vecino, cuya hipocresía vemos de manera tan clara. Dios desea la verdad en lo más íntimo, y sabiduría en lo secreto. Si no está allí, somos falsos, a pesar de todas nuestras profesiones y confesiones. La verdad es espíritu; tiene que ver principalmente con nuestro espíritu, nuestro corazón y las partes más íntimas y profundas de todo nuestro ser. Andar en la verdad es andar en y por el Espíritu de Verdad. Andar en el Espíritu significará hablar y pensar verdaderamente, nunca en oposición a nuestro corazón, sino más bien como manifestaciones y expresiones de nuestro corazón. Esto es lo que significa andar en la verdad.

¿Vive Cristo en nosotros? Decimos que sí lo hace, y le decimos a los demás lo mismo, pero ellos no son movidos ni impresionados. Podemos pensar dentro de nosotros mismos que este es sólo un hecho posicional y judicial, y no un hecho que se experimenta. Sin embargo, esa explicación escasamente nos satisface, y tampoco a aquellos escépticos e incrédulos a nuestro alrededor. Jesús no dijo: “Yo soy posicionalmente la verdad,” ni tampoco dijo: “la verdad les hará a ustedes posicionalmente libres.” Sabemos que esto no es el evangelio. Sabemos intuitivamente que la verdad, por su misma naturaleza, es mucho más poderosa que eso. Las mentiras no nos hacen posicionalmente esclavos, nos hacen esclavos en la experiencia, porque tienen el poder de un espíritu que obra en ellas. La verdad debe ser, por lo menos, tan poderosa como las mentiras. Entonces, ¿por qué parece tan débil y tan endeble?

Palabras, Poder Y Convicción Totales

Pablo escribió a los tesalonicenses,

“Porque nuestro evangelio les llegó no sólo con palabras sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción. Como bien saben, estuvimos entre ustedes buscando su bien. (1 Tesalonicenses 1:5 NVI).

Las palabras del apóstol vinieron con poder porque día a día su vida era una demostración de la verdad entre aquellos a quienes hablaba. Él *era* verdadero, y así las palabras verdaderas que hablaba tenían poder y plena convicción. Andar en Dios es andar

en verdad y los demás experimentarán al Señor en nuestro interior, sólo hasta el grado en que andemos verdaderamente en Él.

Hay un relato sobre lo sucedido una vez a Charles Finney cuando visitaba una fábrica de textiles en una ciudad del Estado de New York. Mientras estaba por allí se acercó a una mujer que trabajaba en un telar. A medida que lo hacía, la mujer suspendió el trabajo. Cuando se aproximó más, ella comenzó a temblar. Cuando estuvo más cerca, estalló en llanto y, por último, cayó de rodillas mientras clamaba a Dios por misericordia; Finney ni siquiera había pronunciado una palabra. ¿Con cuánta frecuencia hemos experimentado precisamente lo opuesto: oír que alguien dice una multitud de palabras que no nos conmueven en absoluto? ¿Qué es lo que hace la enorme diferencia entre un hombre que nada dice, y sin embargo lleva a una persona bajo convicción, y aquel que dice mucho y no nos afecta? La respuesta reside en gran parte, si no por entero, en el hecho que la verdad está en nosotros, y nosotros en ella, sólo hasta el grado en que andemos en ella verdaderamente.

Capítulo 2

La Verdad que Transforma

Forma Exterior vs. Realidad Interior

Ver la verdad como un espíritu en el que se debe andar, no solamente nos cambia de manera individual, sino también cambia nuestro entendimiento completo de todo lo que es la iglesia. Cuando la verdad se ve no más sino como una suma de verdades que se deben profesar, entonces la iglesia es vista apenas como una suma de individuos donde todos profesan las mismas verdades. Por esto es que pensamos que la iglesia está en la verdad sólo con base en lo ortodoxo o correcto de sus declaraciones doctrinales. Pero si la verdad es más que palabras y doctrinas, entonces una iglesia así como sus miembros individuales, necesita *andar* en la verdad a fin de *estar* en la verdad.

La condición espiritual de la iglesia no va a exceder la condición espiritual de sus miembros. ¿Cómo pueden nuestras relaciones ser más reales de lo que somos nosotros mismos? La intención de Dios consiste en que los cristianos sean el pueblo más verdadero sobre la tierra. Por tanto, la iglesia debería ser un refugio y un lugar de protección contra la hipocresía y el autoengaño del mundo, el lugar donde pueden acudir personas hambrientas por la verdad. Lo que constituye tal refugio, no es la cantidad de palabras, sino solamente las personas unidas que andan en la verdad, momento a momento.

El mundo está lleno de gente con discernimiento agudo que escruta a la iglesia. Nuestra profesión de la verdad ha atraído con más fuerza la atención sobre nosotros. Las personas en el mundo han aprendido a reconocer la pretensión y estan bien adoctrinadas en el arte del engaño. Saben todo sobre las conveniencias, lo pragmático, la insinceridad y la manipulación. Pueden sentir las relaciones superficiales. Si no encuentran en la iglesia nada esencialmente distinto a cuanto hay fuera de ella, si no ven una verdadera diferencia en la manera como se manejan el dinero y el poder, entonces no importa la cantidad de palabras, no importa cuán verdaderas puedan ser en sí mismas, la iglesia nunca los va a impresionar.

Una congregación, lo mismo que un individuo, puede tener apariencia de verdad. Se puede levantar sobre las doctrinas más ortodoxas y fundamentales. Puede tener señales de bendición y prosperidad en gran número y abundar en finanzas. Incluso, puede exhibir manifestaciones de dones espirituales. Pero, ¿expresa la verdad en lo más íntimo de su ser? ¿O en su interior hay disfraces de pretensión y evasión, con relaciones superficiales, amor fingido y animosidades indecibles que contradicen y perturban sus palabras y, de hecho, las hacen mentiras? Dios ama la verdad en lo íntimo. Necesitamos comenzar a

reconocer la verdad como Él lo hace, lo que significa de acuerdo con nuestra verdadera condición espiritual y no con nuestra aparente condición exterior. Es lo genuino de nuestra paciencia y tolerancia y nuestro compromiso para decir y oír la verdad en amor aquello que revelarán lo que realmente somos como iglesia—no el volumen o la frecuencia de nuestros “amenes,” “alabado sea Dios” y “aleluyas.”

Amor Y Verdad

Se puede objetar que hay mucho énfasis en la verdad cuando el amor es mucho más crucial para nosotros como individuos y como iglesia. Después de todo, ¿no dijo el mismo Jesús: **“En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”?** (Juan 13:35). El amor es crucial, y tristemente está ausente, pero la razón para su ausencia tiene que ver ampliamente en cómo concebimos el amor en relación con la verdad.

El mundo está desesperado por encontrar amor y obsesionado con buscarlo. Hay un flujo incesante de palabras acerca del amor en la música, en la literatura, en los programas de radio y televisión, pero ¿acaso el mundo nunca ha sido tan vulgar, tan violento, tan enfermo y tan obsceno como en nuestros días? Siempre estamos persiguiendo el amor, pero nunca lo podemos encontrar. Lo que las personas llaman “amor” se rompe bajo la presión, degenerándose en rutina sin vida, o en concupiscencia, o en sentimentalismo. El mundo ha demostrado que le es imposible alcanzar el amor verdadero y la razón para eso no es difícil de descubrir. Jesús dijo,

Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce...” (Juan 14:16-17a).

El mundo, por definición, no puede recibir el Espíritu de Verdad, el mismo Espíritu por el cual el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. En la misma naturaleza del mundo, está buscar el amor aparte de la verdad y a costa de ella. El mundo busca fervientemente el amor pero no puede ni quiere recibir la verdad y, por tanto, no le es posible encontrar ni amor ni verdad.

El mundo renuncia al amor cuando se separa de la verdad. ¿Entonces, qué pasa dentro de la iglesia? ¿Vamos a encontrar más amor genuino que los que están fuera de la iglesia, cuando lo buscamos aparte del Espíritu de Verdad?

La segunda epístola de Juan comienza así,

“El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: Sea con vosotros gracia,

misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor” (2 Juan 1-3).

El apóstol del amor, cuya cabeza descansó sobre el pecho de Jesús en la última cena, menciona la verdad cuatro veces en tres versículos. Para Juan el amor y la verdad están tan entrelazados, tan unidos entre sí, que son inseparables y eso es porque son inseparables para Dios y, en consecuencia, deberían serlo también para nosotros, **“...a quienes yo amo en la verdad...”** dice Juan. ¿Hay alguna otra manera para amar? Si la hubiera, ya la hubiéramos encontrado pues la hemos buscado con tanto empeño y durante tan largo tiempo para descubrirla. La verdad es amenazante para nosotros. Vivimos en temor de la verdad y así estructuramos nuestros matrimonios, nuestras relaciones y nuestras iglesias para aislarnos y protegernos de ella. La iglesia, la familia y el compañerismo han evolucionado hacia sistemas elaborados para evitar el conflicto y la exposición y para evadir cualquier problema. La misma forma en que las iglesias son construidas y la forma en que programamos los servicios están perfectamente organizados para mantener en lo mínimo cualquier participación verdadera en la realidad diaria de los demás. Entonces, en nuestros grados variables de aislamiento, separados efectivamente de todo contacto íntimo con Dios o con los hombres, clamamos desesperadamente por amor. Lo que conseguimos es un falso consuelo, una sanidad superficial y algunas racionalizaciones y excusas débiles. Nos damos abrazos de oso y unos a otros nos decimos: “Dios te bendiga,” y llamamos a eso amor, y continuamos en la pretensión que todo está bien, cuando todo se halla lejos de estar bien. El hambre que corroe nuestros corazones persiste. Comenzamos a aislarnos de la verdad a fin de protegernos. Pero terminamos aislándonos del amor. El amor no puede ser protegido escudándonos de la verdad; lo que hace es ahogarlo. Lo único que se preserva cuando nos refugiamos de la verdad es la mentira.

¿Habrá alguna significación en el hecho que Juan, el discípulo que habló sobre la verdad, fue también el que reclinó su cabeza sobre el Señor? Inclusive, él se refiere a sí mismo como el discípulo a quien Cristo amaba. ¿Hay alguna conexión? ¿Este afecto que compartían Juan y Jesús, tiene algo que ver con el amor a la verdad que muestra Juan? La cabeza de Juan pudo finalmente descansar sobre el pecho de Jesús, finalmente los cuestionamientos cesaron, y el temor y la soledad se disolvieron. El lazo de amor se selló y se aseguró porque nada había entre ellos, ningún aislamiento protector, sin nada que pretender, nada que ocultar. Estaban juntos en la verdad y, por tanto, unidos en amor. Si engañamos o somos indiferentes hacia la verdad, si todavía fingimos y pretendemos, entonces ¿en quién vamos a reposar nuestra cabeza?

Desesperadamente necesitamos poner nuestras cabezas a descansar sobre el pecho del Señor, tanto individual como colectivamente. ¿Qué nos lo impide? La respuesta no está tanto en nuestra teología como en nuestra incapacidad (¿o será en nuestra falta de voluntad?) para andar en la verdad. Quizá nos hemos apartado por habernos expuesto en forma muy dolorosa a una luz fría, desprovista de compasión, que se disfraza como la verdad. Necesitamos que se nos recuerde de nuevo que la misericordia y la verdad se encontraron (Salmo 85:10); que el Espíritu de la Verdad es el Consolador; que el Sol de Justicia siempre se levanta con sanidad y salvación en sus alas (Malaquías 4:2). La

verdad, después de todo, no es el resplandor plano y muerto de un reflector de la policía. No es fría y sin vida; es un espíritu, y una misericordia suprema para todos aquellos que le dan la bienvenida y la aman.

Almas Purificadas

Para la falta de amor el remedio más descuidado y desatendido es una gran dosis de veracidad. Sin embargo, simplemente acumular más verdades no producirá más amor. Las verdades no son de valor a menos que penetren a nuestro corazón y nos hagan más verdaderos. El amor tan sólo puede existir en una atmósfera de verdad. En cualquier otro ambiente, independientemente de las palabras que se digan, el amor será por necesidad fingido y falso. Es una ilusión y una mentira creer que podemos amar o ser amados en verdad, mientras no se viva verdaderamente. La intencion de Pedro fue intensa cuando escribió, **“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pedro 1:22).** El amor no fingido necesita primero un alma purificada. Esto incluye un intelecto bien informado, pero es muchísimo más que eso. Sólo por obedecer la verdad mediante el Espíritu, y no solamente con el intelecto, podemos ser purgados de todo aquello falso y engañoso, hasta cuando lo que fluya de nosotros sea amor no fingido para los demás. Sólo hasta cuando la verdad haya obtenido este nivel de profundidad, es vano esperar o exigir amor entrañable y ferviente.

Por esto los hombres conocerán que somos discípulos de Jesús, por el amor que tengamos los unos con los otros (Juan 13:35). Los hombres lo sabrán porque han de reconocer una clase completamente distinta de amor de la que han visto y conocido en otras partes, un amor que tiene sus cimientos y su origen en la más suprema verdad y realidad. Lo que necesitamos hacer es preguntarnos con toda franqueza hasta qué punto nuestro amor está en la verdad y hasta qué grado es más que una doctrina correcta o un sentimiento externo. Es relativamente fácil para un cristiano blanco profesar amor por su hermano negro, hasta que ese hermano se mueve a la casa vecina o comienza a ir a la iglesia. Es relativamente fácil derramar amor y preocupación por los judíos, hasta que nos encontramos con un judío de carne y hueso que saca a la superficie todo nuestro odio y envidia latentes. Profesamos nuestro amor por los demás y cantamos coritos sobre eso en la iglesia, pero afuera el mundo espera ver lo que sucede con nuestro amor cuando las circunstancias y las presiones de la vida lo pongan a prueba.

Dios está decidido a llevarnos a amar en verdad en todo o nada. O vamos a ser una demostración para el mundo de lo que es el amor verdadero o el mundo no verá el amor real. El amor fingido no será suficiente; sólo la verdad en lo más íntimo puede producir un amor sincero y ferviente hacia los hermanos. Así regresamos al asunto de la verdad. Lejos de ser un enemigo o un obstáculo para el amor, la verdad demuestra ser una condición previa, indispensable para el amor. El amor verdadero y real no se evapora a la luz de la verdad. El amor verdadero *es* la luz de la verdad. El único amor que la verdad de Dios va a disipar es el amor que no es de Él; el fuego de Dios consumirá lo que es temporal y falso, pero purificará y conservará lo que es durable y verdadero.

Capítulo 3

Creados para Vivir en la Verdad

La Necesidad Más Práctica Y Urgente

Con el Señor, andar en la verdad no es un lujo sino la necesidad más práctica y urgente. Nuestros espíritus y todo nuestro ser necesitan la verdad así como nuestros cuerpos requieren aire para respirar. Estamos hechos para vivir en la verdad y cuando no lo hacemos, todo nuestro ser sufre. Podemos ver la extensión del daño que se hace a nuestros cuerpos por la contaminación en cada uno de los aspectos del ambiente donde vivimos. Una corriente continua de impurezas en todo cuanto comamos, bebamos o respiremos, constituye un ataque a cada uno de los sistemas de nuestro organismo. Se obtiene el mismo efecto cuando la atmósfera pura y espiritual de la verdad se contamina con la insinceridad, la astucia, la manipulación y el engaño. Sólo se necesita un poquito de levadura para leudar toda la masa.

Todo el organismo humano se rebela contra la hipocresía y las mentiras. Puedo tener éxito en convencerme que recibo alimento verdadero, por lo menos mientras lo llevo a la boca, lo mastico y lo trago, pero mi cuerpo es más sabio que la boca. Los órganos de la digestión no tienen papilas gustativas; sus respuestas no se pueden determinar por la forma como algo sabe en el momento. Responden sólo a la sustancia interna verdadera que les llega y saben, de manera infalible, si es alimento verdadero o no. Mi ser interior es igualmente honesto en sus respuestas a la insinceridad y a la pretensión. Sin importar cuánto me pueda decir a mí mismo que ando en la verdad mi ser interior no puede ser engañado. El alma y el espíritu se apartan y se rebelan contra una dieta de falsedades. ¿De dónde resultan la depresión, la ansiedad, las úlceras y las crisis nerviosas? ¿Será que no guardan ninguna relación con una vida llena de pretensiones y de insinceridad? ¿Acaso no tienen nada que ver con los gestos de dolor y la contracción que siento muy lejos bajo mi sonrisa y mi conocimiento descuidado cuando alguien me dice que me ama y sé, dentro de mí, que en realidad no es así? Cuando finjo amor, cuando respondo a una oración como si fuese sincera pero no lo es, o a una palabra de profecía como si fuese genuina pero tampoco lo es, ¿qué efecto tiene eso sobre mi cuerpo y sobre mi espíritu? Toda mentira oscurece la mente, confunde las emociones y embota el espíritu de quien la expresa al igual de quien la recibe, mientras se agrega a la irrealidad y a la falsedad de la atmósfera que todos respiramos y de la que dependemos para nuestras vidas en común.

El mundo alrededor nuestro está cercenado del Espíritu de Verdad y como resultado se asfixia hasta la muerte en sus propias mentiras. Seguramente seríamos necios al pensar que dentro de la Iglesia podríamos confinar la verdad a nuestras doctrinas y todavía esperar vivir. Podemos hablar verdad pero aun así, y de hecho, mucho más así, si no

vamos a vivirla, de manera progresiva y creciente vendremos a ser las víctimas destruidas del espíritu de la mentira.

La Levadura De La Hipocresía

Cuando cambia mi manera de comprender la verdad, algo más necesariamente cambia al mismo tiempo y es mi forma de percibir la naturaleza de lo no verdadero. Si sólo veo la verdad como verbal y doctrinal, entonces estoy seguro de ver lo no verdadero únicamente como verbal y doctrinal. En el momento en que me doy cuenta que la verdad es un espíritu que se expresa en cada área de la vida, también viene la comprensión que lo no verdadero es, en esencia, un espíritu.

Jesús describió la hipocresía de los fariseos como levadura por una razón muy buena. La hipocresía no sólo es una máscara o cubierta externa sobre la superficie de las cosas, sino además una fuerza interior entremezclada con la sustancia total de la vida. ¿Cuándo se leuda una masa sólo en la superficie? El hecho reside en que el exterior puede ser muy bien la última área en ser afectada. Puedo convertirme en un hipócrita incluso mientras la superficie verbal de mi vida permanece cierta, si es que mi vida interior se vuelve falsa. La advertencia de Jesús: “Cuidado con la levadura de la hipocresía” se dirigió a la tendencia siempre presente de descuidar la verdad en lo interior y dejar que la levadura, el espíritu de la mentira, corrompa y dañe nuestro andar. Cuando eso sucede, el venero externo de verdad que queda se convierte, en efecto, en una máscara y una mentira, el sepulcro blanqueado que oculta los huesos del muerto. Y así, si no vivo en verdad, mis verdades habladas empeoran mi condición, no la mejoran, porque esconden la corrupción bajo la superficie hasta cuando por último mis palabras y mis mismas doctrinas se corrompen desde el interior y se transfiguran en mentiras.

Cuando Adán y Eva creyeron la mentira de la serpiente en el huerto, algo cambió, mucho más que su teología. Las consecuencias de recibir aquella primera mentira en el corazón de la humanidad se han extendido a toda área de la vida e inclusive a la naturaleza misma. Toda institución humana ha sido leudada desde su propio interior: política, economía, psicología, religión, trabajo, familia. Nada ha podido escapar, aunque las superficies exteriores puedan retener toda su apariencia de verdad, moralidad, y objetividad. La mentira es un lobo que, por su misma naturaleza, siempre lleva, y hace atractiva en forma muy meticulosa la piel de oveja.

El Choque De Los Reinos

El choque de la verdad con lo no verdadero no es una confrontación verbal, ni tampoco un debate cósmico que debe ganar el contendor que obtenga más puntos en la discusión. Más bien, es un choque de reinos, de formas y modos completamente opuestos sobre maneras de vivir, relacionarse, orientar los negocios, ser esposas y esposos. Las palabras verdaderas por sí solas no pueden contender con el sutil espíritu de lo no verdadero que todo lo invade y todo lo inunda. Para oponerse a las mentiras los cristianos, y la Iglesia en toda su extensión necesitan ser verdaderos. La humanidad nueva, la Iglesia, debe ser una expresión total de la verdad, tal como la humanidad antigua lo es de la mentira. El

Espíritu de la Verdad es lo distintivo del creyente y de la Iglesia de creyentes, como lo opuesto al mundo. Y, por tanto, también es lo distintivo del cielo en su oposición al infierno; de la creación nueva que se opone a la antigua, en medio de donde ha sido puesta.

¿Qué clase de evangelismo resulta de tal ilustración de la verdad en medio de tantas mentiras? Desde el comienzo se manifestó por sí mismo en el clamor: “**¡Arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado!**” (Mateo 3:2), y miles pasaron de la creación antigua a la nueva creación. Pedro urgía y exhortaba a quienes le oían: “**...Sed salvos de esta perversa generación**” (Hechos 2:40), y así precisamente hicieron aquellas personas. ¿Cuáles fueron el poder y la autoridad que hicieron penetrar esas palabras y quebrantar el agarre de las mentiras, el engaño y las tinieblas a quienes se dijeron? Cuando hombres clamaban: “¡Arrepiéntanse, pues el Reino de Dios está cerca!” quienes oyeron se arrepentían porque el reino *estaba* cerca. Había una declaración viva de éste que ya estaba presente, un Israel nuevo en el cual no había engaño. ¿Cuánto poder habrá en mi declaración si en mi vida persisten las astucias, las pretensiones, y todas las manifestaciones del espíritu de la mentira que cautiva al mundo?

“Sálvense de esta generación perversa y torcida.” Salgan de toda una vida, toda una humanidad y todo un mundo que está siendo sofocado y devorado por la irrealdad y las mentiras. Salgan de la muerte y pasen a la vida; salgan de la mentira a la luz y a la verdad; salgan de la extorsión y de la codicia y pasen a un amor no fingido. Estas son las buenas nuevas que se dieron en comisión para que la Iglesia las proclamara, pero rara vez suenan hoy y cuando lo hacen, con mucha frecuencia, carecen de poder de penetración. Nuestro evangelismo es la proyección de nuestra experiencia cristiana. Cuando la salvación ha sido un traslado real de una creación a otra, el paso del reino de las tinieblas al reino de la luz, podemos sentir la diferencia. Y cuando la salvación se experimenta a diario como algo mucho menos que eso, también lo podemos sentir—sin que importen las palabras que se empleen.

Si a nuestro evangelismo le falta profundidad, se debe entonces a que nuestro cristianismo se ha vuelto superficial. Si nuestro evangelismo ha venido a ser mecánico y predecible, entonces de manera muy probable ha pasado lo mismo con nuestras vidas como creyentes. Si nuestra proclamación de las buenas nuevas es tan sólo verbal y formalista, esa es una señal segura que la verdad se ha convertido en simples palabras y fórmulas en nuestro andar diario. No puedo atraer a alguien a un sitio donde yo mismo no estoy. Siempre podremos *decir* la proclamación, pues todo lo que necesitamos es recordar las palabras adecuadas. Sin embargo, para mover a los hombres, necesitamos *ser* también la proclamación, y eso requiere una vida inmersa en el Espíritu de Verdad.

Jesús sabía muy bien que las solas palabras correctas no eran suficientes. Sus seguidores ya tenían todas las palabras correctas cuando les ordenó que esperaran en Jerusalén por el poder que convertiría esas palabras en vida:

“Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

¿Cuál es el poder para ser testigos del Señor? El Espíritu vino y dio las palabras para hablar, el denuedo para decirlas, y los milagros para confirmarlas. Sin embargo, ser testigos implica mucho más que poder testificar. Continuamente incurrimos en la noción equivocada que ser testigos es algo que *hacemos*, separados de algo que *somos*. Esta idea incorrecta nuestra surge de otro error más fundamental, que es nuestra creencia que el Espíritu Santo fue enviado a la Iglesia en Pentecostés como poder aparte de Su naturaleza esencial—el Espíritu de Verdad.

El Espíritu descendió como poder; pero también vino como el Espíritu de Cristo mismo, el mismo Espíritu de Verdad por quien podemos ser una sola demostración viva, un testimonio de la verdad. El poder que se ordenó esperar a la recién nacida Iglesia, era y aún es el Espíritu de Verdad.

Ser Cierto vs. Ser Real

El mundo sufre por su calculada indiferencia hacia la verdad. ¿Cómo vamos a llevarle sanidad si nosotros mismos somos indiferentes a la verdad? Como cristianos podemos ser muy duros con el pecado, como es nuestro deber serlo, pero seguimos como si no consideráramos que la pretensión y la astucia también son pecados. En la cristiandad ha habido demasiada pretensión, demasiada falsa prudencia, demasiado fingir un rostro de valor y silbar en la oscuridad. Durante mucho tiempo hemos ido diciendo las mismas palabras de costumbre, mientras nuestros corazones se hallaban fuera de sintonía con todo aquello que declarábamos. *Hemos* tenido mucho éxito en ser “ciertos” pero fracasamos en ser reales.

Dios ha sido muy misericordioso y paciente con nosotros. Tiene gran compasión por nuestros temores y nuestras debilidades, pero nos ha dado el poder para que seamos reales y tiene todo el derecho de esperar que vivamos por ello. Nos ha esperado mucho tiempo, pero no debemos presumir que nos tiene que esperar para siempre. Se va a necesitar de un ajuste doloroso, lleno de temor, para que muchos de nosotros comencemos a andar en la verdad, pero ¿cuál es la alternativa? Nuestra salud la necesita, nuestra sanidad la demanda, nuestras mismas vidas dependen de ella, pues una vida que no es verdadera, no es vida.

Capítulo 4

El Espíritu Santo de Verdad

Verdad Ordenada Y Prometida

Dios tiene un principio: cuando pide algo de nosotros también provee los medios para cumplirlo. Todo mandamiento es al mismo tiempo una promesa. **“Amarás”** es el requisito definitivo, final y, al mismo tiempo, el resumen de la totalidad de la ley. Sentir todo su peso completo implica quebrantarse en desesperación ante la imposibilidad de jamás cumplirlo. Pero bajo el nuevo pacto ese mismo requisito se transforma en una promesa que produce esperanza y vida. **“Amarás.”** ¿Qué es lo que hace la diferencia? ¿Qué es lo que transforma este requisito en una esperanza viviente? Pablo lo llamó un misterio, oculto durante todos los tiempos, pero ahora revelado a nosotros: Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (Colosenses 1:27).

Mi experiencia con una orden de Dios es aquello que determina la manera en que voy ha experimentar Su provisión para su cumplimiento. La esperanza de gloria seguirá siendo un misterio velado para mí mientras considere mi meta, al igual que la intención de Dios, como algo menos que la gloria. El apóstol Pablo fue un hombre que había vivido con la ley durante toda su vida y estaba bastante satisfecho de haberla cumplido. Era hebreo de hebreos, fariseo, apegado a las más estrictas y escrupulosas interpretaciones de los requisitos de Dios. En cuanto a la justicia que es en la ley, se describe a sí mismo como irreprensible (Filipenses 3:5-6). Pero después, algo sucedió. **“Pero venido el mandamiento...morí” (Romanos 7:9)**. Pensé que había comprendido este requisito. Pensé que la medida de la provisión que tenía bastaba para cumplirlo, pero después vino toda la ley. La extensión de lo requerido de repente fue revelada, y vi cuán lejos excedía mi capacidad de jamás alcanzarlo. A menos que se pudiera encontrar una provisión mayor para su cumplimiento, no existe esperanza.

Exactamente esta es nuestra situación cuando nos enfrentamos con el requisito divino de andar en la verdad. **“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo...” (Efesios 4:25)**. Nunca nos dimos cuenta de lo que se nos demandaba. Jamás imaginamos que esto quería decir algo más que abstenerse de decir mentiras conspicuamente unos a otros. Pero entonces vino el mandamiento completo y vimos lo profunda y sutil que era la falsedad. Experimentamos el requisito de Dios que penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser y se extiende a todos los aspectos de nuestra vida. La verdad, como la justicia y la rectitud, es mucho más de lo que pensábamos que era. De hecho, *todo* acerca de Dios es muchísimo más de cuanto creíamos. Entonces, ¿cómo vamos a ser capaces de andar en la verdad? El velo se corrió hacia atrás y se reveló el completo significado del mandamiento, mientras que al mismo tiempo, vino un total, profundo, absoluto y nuevo significado de una promesa divina. **“Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad...”**

Él os guiará a toda la verdad” (Juan 14:16-17, 16:13). ¡Qué requisito! ¡Qué promesa! ¡Qué provisión!

Jesús dijo, **“Os conviene que Yo me vaya.” (Juan 16:7).** ¿Cuántos de nosotros de verdad creemos esto? ¿Acaso no hemos deseado siempre que Él estuviera presente, en carne, para verle y hablarle, tal como hacían los primeros discípulos? Si fuésemos honestos, posiblemente diríamos que hubiera sido muy conveniente si Él se hubiera quedado en la tierra para gobernar y juzgar como un rey. Él hubiera podido contestar objetivamente toda pregunta teológica, dar fin a todo debate, y finalmente comprobar en forma conclusiva cuán correctos somos nosotros y nuestra denominación (o así no seamos una denominación). De hecho, en nuestro candor, podríamos hasta sugerir que Su partida fue la cosa menos conveniente que hubiera podido hacer. Nos dejó Su Palabra, pero no dejó a nadie para decirnos cuál de todas las interpretaciones de ella es la verdadera. ¿Cómo es que puede ser conveniente para nosotros que Él se haya ido?

El Espíritu Santo Es El Espíritu De Verdad

Hasta que Su mandamiento llegue a la “base,” hasta que la intención del Señor para nosotros amanezca en nuestros corazones, no será conveniente para nosotros que Él se haya ido. Mientras vea la verdad como algo que consiste esencialmente en doctrinas y teologías, mi mayor necesidad es un Cristo objetivo y externo que decida objetivamente por mí entre la verdad y el error. Lo mismo es cierto del hombre que aún cree que la justicia consiste de manera esencial en hacer lo correcto. Para él la provisión más útil que Dios puede hacer, sería una declaración muy elaboradamente detallada de la ley para aplicarla a todas las situaciones posibles. Sólo cuando mi comprensión de la verdad y la justicia sea radicalmente ampliada y profundizada, comenzaré a estar de acuerdo con Jesús en que es bueno que Él se haya ido. **“Os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuese el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7).** Para el hombre que ve a la verdad como algo que está en la parte más íntima, la única provisión que quizá llenaría su necesidad más profunda, es el mismo Espíritu de Verdad en su interior. Nuestra necesidad por santidad, por poder, y por consuelo, todas apuntan a una provisión única: Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Sin embargo, parece trágicamente escapar a nuestro cuidado que este Cristo en nosotros, este Consolador, este Espíritu de Santidad y Poder es el Espíritu de Verdad. El Espíritu que descendió en Pentecostés era y todavía es el Espíritu de Verdad.

Jessie Penn-Lewis observó que: “El nombre ‘Consolador’ ilustra Su obra (la del Espíritu), pero Su nombre el ‘Espíritu de Verdad’ describe Su carácter esencial. Por tanto, todo lo que efectúa en y para los hombres como ‘Consolador’ lo realiza de acuerdo con Su carácter como el Espíritu de Verdad.” (Jessie Penn-Lewis. *The Spirit of Truth* (El Espíritu de Verdad), página 4, Overcomers Literature Trust, 3 Munster Rd., Parkstone, Pool, Dorset, England).

Cuanto Dios haga en términos de consuelo, otorgamiento de poder, consejo, y ánimo, sólo puede hacerlo como el Espíritu de Verdad. Si somos indiferentes o resistimos a la verdad, no sólo nos faltará la verdad sino todo lo que el Espíritu de Verdad se suponía

que iba a obrar. Es vano esperar que venga a nosotros como consuelo, cuando se le ha rechazado como verdad. Dios no puede dar un falso consuelo. Dios no puede fingir el amor. Todo lo que Él hace es una expresión de quién es Él y Él debe ser veraz consigo mismo. El Espíritu es el Espíritu de Verdad porque Dios es el Dios de la verdad.

Si recibo un consuelo que deja a un lado la verdad, necesito cuestionar muy seriamente la naturaleza y la fuente de ese consuelo. Mi necesidad de consuelo en el sufrimiento y en la aflicción es muy real, pero mi necesidad de verdad siempre es tan grande como ella o quizás mucho mayor. No es ninguna misericordia permitirle a alguien que continúe en ilusiones y mentiras. Puedo desear tal misericordia, pero Dios me ama demasiado para extenderla. Su consuelo siempre viene con verdad. Es la verdad la que impide que el consuelo se convierta en el combustible de mi autocompasión. Es la verdad la que evita que el poder alimente mi orgullo y mi codicia por gloria. En últimas, de acuerdo con Pablo el apóstol, los hombres perecen no porque no hayan recibido el amor al poder o el amor del consuelo, sino porque **“no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10).**

Desear La Transparencia Sin Engaño De Jesús

Amar la verdad es desear la transparencia cándida de Jesucristo más que cualquier otra cosa. Se necesita que sea un deseo muy poderoso, porque junto con esa transparencia vienen algunas cosas de las que muy seguramente y con mucha fuerza podemos querer escapar y rehusar. Recibir el amor por la verdad, y por el Espíritu que es la Verdad, significa hacer frente al prospecto de una vida sin recursos de exageración, ni mentiras “blancas” o adulación, ni de todo aquello que nos hemos acostumbrado a emplear a fin de magnificar o proteger nuestro yo. Significa no jugar ningún papel, ni asumir ninguna clase de poses. Y esto, francamente, nos asusta a la mayoría de nosotros. El Espíritu de Verdad va a guiarnos a toda verdad, incluso a los sitios donde se nos pueda humillar ante los hombres, y dejarnos dolorosamente inciertos y perplejos, para destruir las imágenes falsas y parciales que tenemos de nosotros mismos, de los demás y finalmente hasta de Dios mismo. Puede que esto no sea lo que estábamos esperando. Buscábamos algo más tranquilo y seguro y mucho menos costoso. Recibir el amor por la verdad y el Espíritu que nos dirige a toda verdad inevitablemente significa una medida de sufrimiento, pues la desilusión, la incertidumbre y la humildad son formas de sufrimiento— ¡y el sufrimiento es algo que desesperadamente quiero evitar! Y lo evitaré a toda costa, incluso a costa de la verdad misma, a menos que ame la verdad aun más de lo que la temo. No es la ignorancia la que nos impide llegar a ser verdaderos; es la cobardía.

“El que venciere heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios y él será Mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:7-8).

El Amor A La Verdad Echa Fuera El Temor

Los cobardes y los incrédulos se mencionan en la misma oración porque en el corazón de la cobardía habita el rehusarse en creer y confiar en Dios que nos llama a andar en la verdad. La verdad es la única atmósfera donde es posible hallar la fe y la cordura; y donde se puede encontrar el verdadero consuelo. Dios nunca esconde el hecho que la verdad es a veces dolorosa de experimentar, tal como Él mismo lo es. Pero por otro lado nos da toda clase de razones para amar y confiar en la verdad, así como nos da todos los motivos para amar y confiar en Él mismo. Cuando vacilo y retiro mi confianza, implico que se necesita cierta medida de sombra y pretensión si voy a sobrevivir. De hecho, declaro que el Consolador es incapaz de consolarme a la luz sin diluir de la verdad y que Dios requiere evadir su propia naturaleza para consolarme. Muy pocos permiten que tales pensamientos se vuelvan conscientes, pero conscientes o no, una vez que se forman y se afirman en el interior, me hacen un cobarde y un incrédulo, un amante de las tinieblas y mentiras.

Comienzo como cobarde y termino como idólatra. Si Dios es verdad, si el Espíritu de Verdad es su Espíritu, ¿a quién adoro si me niego a amar y andar en el Espíritu de Verdad? Allí habrá muchos en el día cuando la total Presencia de Jesús quite todas las ilusiones y todas las sombras que afirmarán haber hecho grandes obras y haber predicado en el nombre del Señor muchos sermones doctrinalmente correctos. Y Él jamás va a negar sus reclamos. Tan sólo dirá: “Nunca te conocí. Nunca estuviste unido a Mí vitalmente. Nunca amaste Mi Espíritu. Temiste a la verdad y nunca la amaste ni a ella ni a Mí.”

Nuestra cobardía nos impide recibir el consuelo que necesitamos tan desesperadamente. Nos evitamos el dolor de la verdad pero es un dolor asistido por un consuelo que es totalmente único y sanador. **“Aún tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda verdad” (Juan 16:12-13).** Él también es consolador, y sólo Él puede hacer soportable toda la verdad. Sin el Espíritu de Verdad, se nos deja apenas con un consuelo falso. El consuelo falso es un camino que remplace el sufrimiento. El consuelo verdadero es una vía que lo atraviesa. El consuelo falso jamás nos podrá llevar al Padre porque, después de todo, no es sino una expresión de la no verdad, así como el consuelo verdadero lo es de la verdad misma. El consuelo falso, como todo lo que es falso, nos conduce solamente a la esclavitud, no a la libertad; al padre de las mentiras, no al Padre de la Luz.

Nos podemos negar a amar la verdad. Pero tal rehusar no comienza solamente con una decisión. Es más bien la respuesta al efecto acumulativo de toda una existencia donde no se ha hecho otra cosa sino escoger mentiras y verdades a medias, donde se ha preferido el consuelo en lugar de la verdad, donde siempre se escoge un sendero seguro y sin dolor en vez de la dirección del Espíritu. Cuando el Espíritu viene para sacarnos de una ilusión, para hacernos salir de una verdad a medias y guiarnos a toda la verdad, ¿cuál es nuestra respuesta? ¿Preferimos la seguridad de aquello que es conveniente y familiar? ¿Nos apegamos al conocimiento parcial de aquello que nos ha servido tan bien? ¿O le damos la bienvenida a Él y en obediencia, sin importar lo costosa, le seguimos a donde nunca nos

importaría o jamás nos atreveríamos a ir por nosotros mismos; esto es, a toda la verdad? Es la forma como andamos diariamente la que nos hace amantes de la verdad o cobardes huyendo de ella.

Capítulo 5

Verdad en Carácter y Conducta

El Humilde Jordán

Las invitaciones a la cima de los montes son muy populares. Las invitaciones al Jordán, sin embargo, son poco buscadas. Pero si alguien busca el Espíritu de Verdad, es en el valle, y no en la cima de los montes, donde encontrará lo que busca. Jesús sabía que necesitaba el Espíritu en plenitud perfecta a fin de cumplir todo lo que estaba puesto ante Él. Supo que el camino del Señor preparado para Él era el bautismo de Juan y la humildad sin adornos que eso significaba. Para Él, aunque habló con el propio Elías en la cima del monte, Juan era 'Elías' que estaba abajo en el valle. **“Y si queréis recibirlo, él [Juan] es aquel Elías que había de venir” (Mateo 11:14).** Si usted tiene un anhelo insaciable de ver el sendero del Señor preparado en su propia vida, si desea la verdad en lo íntimo, si quiere levantarse con firmeza ante los Pilatos de esta edad como una expresión viviente de la verdad, entonces Juan será Elías para usted. Quienes desean menos que el Espíritu sin medida, no percibirán a Juan como Elías, ni al humilde Jordán como el lugar donde el Espíritu se debe encontrar. Pero, si el inmaculado Hijo de Dios debió comenzar en este bajo lugar, entonces, ¿cómo podremos imaginar que para nosotros sea posible tener otro comienzo en cualquier otro lugar o en cualquier otro camino?

Juan atrajo grandes multitudes. Muchos iban desde Jerusalén para verlo. Algunos no eran sino simples curiosos. Otros simplemente reunían datos y notas para los trabajos de investigación sobre el arrepentimiento que debían presentar en el seminario o para el sermón del próximo domingo. Sin embargo, quienes llegaban allí en búsqueda de la verdad, dejaban atrás todo lo falso, y entraban al agua para recibir el bautismo. Esa clase de arrepentimiento es fruto y señal de anhelo por la verdad y por el Dios de verdad. Hasta cuando hayamos resuelto andar en la verdad, libres de todo engaño, permaneceremos atrás en nuestro propio Jerusalén, o a lo mejor salgamos para ver a Juan como algo que estimula nuestra curiosidad, sin que en realidad seamos capaces de percibirlo como lo que es. Pero una vez que se toma la resolución, inevitablemente nos lleva más allá de las orillas y nos conduce dentro de las aguas del Jordán.

La Verdad: El Carácter de Cristo en Nosotros

El primer paso para bajar al sitio donde el Espíritu desciende sobre la carne humana, consiste en darnos cuenta de nuestra gran necesidad junto con el nacimiento de un odio santo y puro contra todas nuestras propias pretensiones e hipocresías. Tal anhelo por la verdad, y tal aborrecimiento hacia todas las formas de la mentira es la conmoción del carácter del Hijo de Dios en nosotros. Es sobre este carácter donde desciende y habita la paloma del cielo. Porque intuitivamente reconoce una identidad, en completa afinidad con el carácter de Cristo. Sobre un carácter así y en un lugar tan humilde, el Espíritu

puede descender con toda Su plenitud y expresar no sólo Sus atributos y Sus dones, sino también Su misma naturaleza y Su propia esencia, que es la verdad.

Y al mismo tiempo que los cielos se abrían y el Espíritu de Dios descendía como una paloma para posarse sobre Jesús, la voz de Dios se dejó oír desde lo alto: **“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17)**. El Padre eligió ese momento para expresar cuán complacido estaba. Su expresión de placer no vino a causa de algo que Jesús hubiera hecho. Jesús no había hecho nada todavía; Su ministerio, como tal, aún no había comenzado. El mayor gozo de Dios, como el de Juan, consiste en ver que Sus hijos andan en la verdad. La alegría del Padre estaba, y todavía lo está, en el carácter de Su Hijo, en lo que Él *es*, por encima y antes de lo que *hace*. Todo cuanto Jesús hizo, toda la autoridad que tuvo, fluía de todo lo que Él era. Incluso, si fuese posible duplicar o hasta sobrepasar las obras de Jesús, sería imposible obtener Su autoridad o conocer el gozo del Padre en una forma distinta a andar en la verdad como Su Hijo amado.

Dios reservó Su Espíritu y Su voz audible de aprobación para el momento del bautismo de Jesús; y también reservó la revelación de la identidad de Su Hijo a Juan para ese mismo momento. La identidad de Jesús estaba tan unida con el Espíritu de Verdad que al Bautista no se le permitió reconocerlo por ninguna otra característica, y aunque era pariente de sangre, ninguna otra persona tenía una razón mayor para conocerle en la carne.

“Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua...Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, Aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre Él, ése es... Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios” (Juan 1:31,33-34).

Muy probablemente Jesús no era ningún extraño para Juan. Sus madres eran primas. Puede que hayan crecido no muy lejos uno del otro. Quizás Juan estaba en posición para observar a Jesús. Pero, nada natural por sí mismo se podía contar como una señal de la identidad de Jesús. El tener una relación cercana no fue de ayuda para Juan, y Dios tampoco designó obras milagrosas como señales definitivas para mostrar quién era Jesús. Las obras confirmaron más tarde lo que sólo podría revelar el carácter. Fue cuando descendió, y no solamente eso, sino cuando el Espíritu Santo permaneció sobre Jesús, lo que constituyó la señal elegida por Dios para indicar a Juan que Jesús era el Mesías esperado. Lo que Juan atestiguó no fue una conjunción momentánea, ni un toque pasajero del Espíritu para suplir una necesidad del momento, sino una unión permanente, una unidad de esencia y carácter.

Para Juan no fue suficiente ver cómo el Espíritu tocaba a Jesús, así como para nuestros contemporáneos no es suficiente ver cómo toca el Espíritu de manera ocasional a la Iglesia hoy en día. Lo que Juan vio fue al Espíritu descender y permanecer en la carne humana. Vio al Espíritu Santo, al Espíritu de Verdad, de una forma tan unida con el carácter de un hombre que pudo permanecer y residir en Él. Los escépticos y aquellos

que viven en una búsqueda observando la conducta de los cristianos necesitan ver la misma cosa.

Humildad y Arrepentimiento

Juan dijo que él vino a bautizar para que Jesús pudiera manifestarse a Israel. Por su parte, a Israel le era necesario bautizarse y arrepentirse para poder ver a su Mesías. Pero Juan también bautizó al mismo Jesús. ¿Acaso era menos esencial que Jesús fuera bautizado para que se pudiera manifestar? Andamos en la espera de que esos “judíos tercos” vean finalmente el significado verdadero de todas las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento y que sucumban, junto con el mundo gentil, a nuestros programas evangelísticos. Sin embargo, quizás los judíos y gentiles, y quizá hasta Dios mismo, han esperado que nosotros nos manifestemos como hijos de Dios que andan en la verdad. Nos hemos contentado en nuestra “Jerusalén” cristiana a apuntar a todas las clases de señales como prueba de un Cristo viviente.

En su mayor parte, el mundo, y muy especialmente Israel, no están aun convencidos. Esperamos que ellos, de alguna forma, sean inducidos a entrar en las aguas de la humildad y del arrepentimiento para que puedan reconocer a nuestro Cristo y a Su Iglesia. Pero, a lo mejor Israel ha venido tan sólo hasta las orillas del Jordán y su salvación espera *nuestra* entrada en el agua, de la misma manera como Jesús entró. Quizá Israel, junto con el resto de un mundo escéptico, necesita primero ver que la Iglesia se manifieste, despojándose de su pompa y sus pretensiones, para descender de sus lugares altos al valle humilde del Jordán, sometiéndose a un lavamiento en humildad y arrepentimiento. Cuando Israel y el mundo puedan ver que el Espíritu de Verdad descende y permanece sobre la iglesia y oigan que el Padre le dice a ella, **“Este es Mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; no tengo Yo mayor gozo que este, el oír que Mis hijos andan en la verdad”** (Mateo 3:17; 3 Juan 4). Quizá entonces, se verán inducidos a entrar por sí mismos a las aguas del arrepentimiento y a creer.

La Paciencia de la Paloma

El bautismo de Jesús no fue el primer ejemplo en las Escrituras de una paloma que buscaba un lugar terrenal donde permanecer. La tierra misma se encontraba sumergida en una tumba de agua en los días de Noé. Cuando cesó la lluvia, Noé soltó dos de las aves del arca. El cuervo fue el primero. Nunca volvió. Aunque las aguas del diluvio no habían descendido, el cuervo aparentemente se contentó con posarse sobre cualquier resto de la antigua tierra juzgada que podía flotar. La otra ave regresó al arca. Al contrario del cuervo, no encontró un sitio donde poner sus pies. Era una clase de ave mucho más particular. “Simplemente algo” no sería suficiente. Necesitaba un lugar compatible con su propio carácter impecable. Era una paloma. Sólo después que descendieron las aguas de la inundación y emergió una tierra renovada, la paloma encontró un lugar donde habitar.

Esa paloma debió haber tenido una paciencia extraordinaria. Después de estar tantos días en el arca, debió haber anhelado vivir otra vez en libertad. Pero no iba a aprovechar la primera oportunidad que tuvo para hacer su nido en cualquier cosa vieja. ¿Cuánto tiempo

estuvo el Espíritu del cielo, en espera paciente de la llegada de Jesús? ¿Ha cambiado el carácter de la paloma desde los días de Noé? ¿Ha venido a ser el Señor menos paciente y menos particular? ¿Se ha fatigado tanto de dar círculos alrededor de los restos de nuestra vieja humanidad, que finalmente se ha contentado con levantar su morada en cualquier cosa que flota? Su carácter no ha cambiado. La presencia de dones y manifestaciones con nosotros no es prueba de lo contrario. La paloma puede amablemente tocar y otorgar dones, aparentemente de forma indiscriminada, pero Él permanece muy discriminador cuando viene para encontrar un lugar donde residir para poder expresar Su carácter.

Noé también necesitó una gran paciencia. La tormenta había terminado y el sol brillaba de nuevo. Después de más de siete meses de confinamiento, el arca vino a descansar sobre la cima de un monte. Y Noé había esperado. Dios fue el que cerró la puerta del arca, pero era decisión de Noé el momento para abrirla. Permitted que la paloma fuera su señal que el tiempo había llegado. En cierto sentido, Noé no tenía alternativa distinta a esperar que apareciera la tierra seca. Para nosotros la elección es mucho más difícil. Somos salvos y bautizados. ¿Entonces, por qué esperar más? ¿Por qué someternos todavía más a restricciones y limitaciones? ¿No podemos asumir que Dios bendecirá cualesquier cosa que hagamos, sin importar la forma en que la hagamos?

Los Amantes de la Verdad Esperan

Nuestra impaciencia es aquello que nos desintegra y es la revelación de nuestros corazones. Los problemas y necesidades que nos rodean son demasiado grandes y demasiado pesados. Nuestras vidas personales, nuestras familias, nuestras iglesias claman por soluciones, por algo que obre para producir una medida de orden y estabilidad. Hay presiones financieras, hay un mundo por evangelizar, hay matrimonios por salvar, hay un mundo vigilante que necesita ser impresionado por este cristianismo que profesamos como algo real y genuino. Bajo tales circunstancias, ¿quién puede esperar? ¿Es en realidad tan malo ser pretensiosos o exagerar un poco y echar mano de algunos de los viejos métodos y trucos que obraron de modo tan bueno en el pasado y que aún obran en el mundo que nos rodea?

De hecho, ¿no seríamos “superespirituales” y hasta irresponsables si esperaríamos un poco más de tiempo? La única cosa que nos inducirá a esperar, lo único que nos impide salir inmediatamente del arca y posarnos sobre algún residuo flotante de nuestra vieja humanidad, es un apasionado amor por la verdad y un aborrecimiento por todo lo que esté manchado con mentiras. Sin tal freno interior, estaremos prontos a tomar lo que podamos, dispuestos a fingir sentimientos y manipular a los demás. Y cuando obramos de esa manera, no es la paloma la que hallaremos ahí con nosotros, ¡sino otra “ave” mucho menos paciente y mucho menos particular!

Hay todo un libro del Nuevo Testamento que está dedicado por entero a los hechos de los apóstoles, pero en forma interesante, el Libro de los Hechos comienza en una completa inactividad. La Cruz es historia, Jesús ya resucitó, todos los discípulos han llegado a creer en Él, sin embargo Lucas escribe que, **“estando juntos, les mandó [Jesús] que no se fueran de Jerusalén, sino que esperase.” (Hechos 1:4a).** Esperar nunca ha sido algo

fácil. Es una forma de sufrimiento, y es mucho más agudo cuando los peligros y las necesidades abundan por todas partes. Sin embargo, después de tres años de haber disfrutado de la más intensa y maravillosa experiencia personal con Jesús y después de cuarenta días de haber sido instruidos sobre el Reino por el Señor resucitado, aquí se encontraban obligados a esperar. Jesús estaba convencido que la tarea ante ellos era demasiado grande como para que la llevaran a cabo con base en el conocimiento y en la experiencia que cada uno de ellos tenía. Se les dijo que esperaran por poder, no tanto para “testificar”, sino para ser testigos (Hechos 1:8). ¡El requisito para *ser* siempre es más grande y más exigente que el requisito para *hacer*!

El número de días en que Jesús instruyó sobre el Reino a Sus discípulos fue el mismo número de días en que cayó la lluvia del diluvio mientras Noé estaba en el arca. Quizá oír directamente de Jesús sobre el Reino, sea menos una escuela que una clase especial de bautismo donde se deben purgar y lavar todos nuestros propios conceptos sobre el Reino, la Iglesia y el significado de ser testigos. Si pudiéramos experimentar tal forma de instrucción, estaríamos mucho más dispuestos a esperar; seríamos incapaces de hacer algo distinto a esperar por el poder de lo alto.

No les Toca a Ustedes Saber

¿Qué enseñó Jesús durante esos cuarenta días? Si tan sólo Lucas hubiera registrado por lo menos algunas de Sus palabras, quizá podríamos tener respuestas a muchas de las más difíciles preguntas que los creyentes han hecho desde entonces. Pero Lucas no nos dice nada más; sólo da a conocer las preguntas que los discípulos hicieron después que Jesús hubo terminado la enseñanza y las respuestas que dio a aquellas preguntas. **“¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo? (Hechos 1:6).”** Fácilmente podemos ponernos en el lugar de ellos: “Señor, ¿y qué acerca del arrebatamiento? ¿Cuándo será exactamente la tribulación? ¿Y exactamente qué significa: ‘...que todo Israel será salvo’? ¿Son estos los Últimos Días?” Todos queremos saber y no hay nada malo en preocuparnos con tales preguntas. Pero deben ser motivo de mayor preocupación las palabras con que contestó Jesús: **“No os toca a vosotros saber... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (Hechos 1:7,8).** El conocimiento no es lo más importante. Recibir poder para ser testigos de Él no depende del “cómo” y del “cuándo” del Reino. No tengo que saber primero todas las verdades, pero sí debo ser verdadero.

“No les toca a ustedes saber” puede ser muy difícil de recibir como respuesta, especialmente cuando usted piensa que ya sabe. Qué terrible ironía que nuestros conocimientos, incluso y especialmente sobre el fin de los tiempos y las cosas del Reino, puedan tornarse en el mayor de los obstáculos para convertirnos en verdaderos testigos del Señor. “No saber” quizá muy bien resulte en una condición indispensable para que seamos los instrumentos vivientes que Dios pueda usar para realizar Sus propósitos. El hecho de “no saber” libera al hombre de la autoconciencia de su lugar y su papel que le pueden incapacitar espiritualmente. “No saber” es un antídoto divino que contrarresta el poder del orgullo espiritual. Conocer las verdades de los últimos tiempos y los principios del Reino, irónicamente pueden hacer a una persona menos verdadera; puede volver

nuestro vocabulario tieso, hueco y predecible; puede eclipsar la misma espontaneidad y la condición infantil de espíritu que requiere la realidad del Reino. Oír a Jesús decir, “No les toca a ustedes saber” tiene la fuerza suficiente para lograr que se detenga hasta el mayor y más grande de todos los discípulos. La intención de Pentecostés nunca fue la de suministrarnos poder para dar testimonio a nuestro conocimiento. Su intención fue la de suministrarnos poder para ser testigos de Él.

La vía al aposento alto, igual a la que Jesús siguió para el Jordán, lleva hacia abajo, no hacia arriba. A los hombres que quedaron en espera esos últimos diez días en Jerusalén, a todos se les había llevado hacia abajo, en humillación profunda. Cada uno de ellos podía recordar la todavía reciente experiencia de haber negado a Jesús. Todos habían dicho que estaban listos para morir con Él y todos vieron completamente aplastadas las propias ilusiones que tenían respecto de sí mismos. En el momento en que llegaron al aposento alto, estaban reducidos a la verdad y, por tanto, listos para recibir el Espíritu de Verdad, en Su medida completa y total y en Su más profunda y absoluta auto-revelación. Pentecostés les habría hecho apenas “pentecostales,” testigos *de* Pentecostés, pero no testigos *de* Jesús, si no hubieran recorrido primero un camino de descenso, como hacia el Jordán, para llegar al aposento alto.

En la historia de Israel hay profundas transiciones que ocurrieron cuando los israelitas atravesaron diferentes masas de agua. Israel entró a Canaán al cruzar el Jordán y para abandonar a Egipto atravesó el Mar Rojo. La partida de Egipto fue tan abrupta, tan total, que ni siquiera fue posible llevar levadura para el pan. El bautismo del cristiano tiene que marcar como algo mínimo una gran transición. Es un éxodo del mundo viejo a través del agua, y debería ser lo mismo de total y absoluto. Una medida muy buena de cuán profundamente radical ha sido la transición de la redención en nuestra vida es hacer una prueba del pan con que nos alimentamos nosotros mismos y con el que alimentamos a los demás. ¿Fue nuestro paso a través de las aguas del bautismo tan casual e indiferente como para permitirnos traer algo de levadura para nuestro pan?

La Levadura Convierte la Verdad en Mentira

Antes de jactarnos con demasiada rapidez de nuestra redención y de los dones del Espíritu en medio de nosotros, deberíamos considerar las palabras de Pablo a los creyentes en Corinto:

“No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque vuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura... sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.” (1 Corintios 5:6-8).

Si el pan de nuestra fiesta, el pan de nuestro compañerismo, de nuestro servicio y de nuestra adoración todavía contiene la levadura de la pretensión, del amor fingido y de la insinceridad, ¿de qué nos estamos jactando? El punto no es la cantidad de levadura, sino su misma presencia. Sólo se necesita un poquito de levadura para leudar toda la masa.

Sólo se requiere un poco de pretensión, un poco de simulación, para convertir todo el pan de nuestras relaciones y nuestra adoración en una mentira. ¿Cuán completa y cuán verdadera ha sido nuestra redención si hemos tenido el tiempo y la inclinación de traer algo de la vieja levadura con nosotros? Pablo dijo: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura.” Había que purgar toda la levadura vieja en Israel, antes que se pudiera celebrar la fiesta de su redención. La fiesta no se puede celebrar con pan leudado — sólo con el pan sin levadura de sinceridad y de verdad. Puede que seamos capaces de simular la fiesta, de realizarla correctamente, pero es imposible celebrar verdaderamente nuestra redención y a nuestro Redentor en la ausencia de la sinceridad y la verdad.

La Levadura de la Pretensión y de la Insinceridad

Si, aun después de cruzar a través de las aguas de nuestro propio bautismo, nuestro pan todavía está leudado con la pretensión y la insinceridad, entonces es bueno y necesario preguntarnos hasta qué grado la paloma celestial todavía mora con nosotros. ¿Cuánto de nuestros dones espirituales, de nuestras manos levantadas, y de nuestra actividad religiosa ha dejado de ser una expresión viviente del Espíritu y en su lugar ha venido a ser una forma de levadura, un sustituto de la paloma contristada y entristecida que se ha visto obligada a retraerse y retirarse? ¡Un poco de levadura leuda toda la masa! Las mentiras no se pueden poner en cuarentena. El amor fingido hacia un hermano conduce hacia una adoración fingida hacia Dios. Y la paloma de los cielos no puede morar donde abundan las mentiras. Entonces, ante la ausencia de esa paloma nos vemos forzados a encontrar otra alternativa, a imitar y a pretender, y en consecuencia a diseminar la levadura y a conducir al Espíritu a una porción cada vez más reducida en nuestras vidas. Si hemos encontrado alguna manera de seguir adelante y mantener cierta apariencia del Espíritu, entonces eso no es para que se nos dé algún crédito; en lugar de esto, es una señal de nuestro fracaso y de nuestra vergüenza. Ciertamente no estamos engañando a Dios. Si nos pudiéramos detener y considerar, nos veríamos forzados a admitir que ni tan siquiera somos capaces de engañarnos a nosotros mismos.

El Costo de Purgar la Levadura Antigua

Purgar la levadura vieja va a ser doloroso y costoso. Significa dejar atrás todo lo que ha “funcionado,” inclusive la simple tregua que ha sustituido la paz genuina en nuestras relaciones, la postura fingida y la braveza que han servido en lugar de la autoridad verdadera. Tanto nuestras vidas personales como la historia de la Iglesia contienen amplias evidencias de alternativas de la verdad que “funcionan,” pero si “funcionan” y no son verdaderas, entonces es inútil. De hecho, es peor que inútil, porque nos hace falsos y porque, de manera inevitable, vamos a colisionar con la realidad, para que aquello que apenas “funcionaba” fracase de manera devastadora. Puede ser una perspectiva que cause temor tener que enfrentar a nuestros cónyuges, a nuestros hijos, a nuestras congregaciones, y a nosotros mismos sin las mentiras habituales y convenientes que han “funcionado” durante tanto tiempo. Consecuentemente, el prospecto de enfrentar la realidad armados sólo con mentiras y la posibilidad de que nuestra postura fingida sea descubierta cuando lo que está en juego es real y delicado, debe ser todavía motivo de mayor temor.

Un bautismo a través del cual se pueda traer levadura con éxito, es muy sospechoso. Hay algo sobre un bautismo completo que hace un desastre de los mejores peinados y daña el planchado de nuestros mejores pantalones domingueros. Todo cuanto hay en la superficie de nuestras vidas, todo lo que constituye nada más que una simple apariencia, sufre un golpe mortal en las aguas del bautismo. Pasar de lo simplemente verbal a lo real es tal bautismo. ¡Pero es al salir de esas aguas que uno oye la voz del Padre y ve al Espíritu que desciende y permanece!

De la Plenitud al Poder

Inmediatamente después de Su bautismo Jesús fue tentado en el desierto. Se podría pensar que ese era el momento menos oportuno para probar a un hombre. Pero, en forma paradójica, la misma presencia de la paloma hizo que la tentación fuera tan a tiempo y tan poderosa en la vida de Jesús. De acuerdo con las Escrituras, Jesús entró al desierto en la plenitud del Espíritu. Y las Escrituras también dicen que no fue Satanás el que le atrajo, sino que el mismo Espíritu que acababa de venir sobre Él en el Jordán le llevó al desierto (Mateo 4:1). La primera consecuencia de ser lleno del Espíritu, no fue como uno esperaría. Se podría suponer que Jesús al salir de las aguas se dirigiría directamente a Jerusalén para proclamar el evangelio con gran poder. En lugar de eso, de acuerdo con Lucas, el Espíritu le llevó a un lugar desierto donde estuvo solo, para venir a quedar exhausto de toda fortaleza natural, con hambre, después de cuarenta días de ayuno. Parece que el Espíritu se hubiera ingeniado un juego de circunstancias que invitan a la tentación, que lo hace más atractivo, y no menos, y que hacen a un hombre más vulnerable, y no menos. ¿Por qué?

La respuesta está en parte, como mínimo, en la suprema confianza que Dios tiene en Su Espíritu. El Espíritu que permanece sin limitaciones de ninguna clase en una vasija que es verdadera, puede capacitar a un hombre para soportar incluso una tentación final de máxima categoría. Así es lo confiado que es Dios. ¿Cuán confiados somos? ¿Cuán confiado estoy en el poder de la verdad, simplemente como verdad, sin tener la ayuda de circunstancias externas favorables, ni el apoyo de las fuerzas naturales, para revelar y vencer las más sutiles mentiras, especialmente cuando me llegan en el momento en que más necesitado estoy del poder y del consuelo que ellas ofrecen? ¿Qué clase de verdad y qué clase de relación con ella pueden engendrar la confianza y suplir el vigor espiritual para soportar las mentiras bajo condiciones tan extremas de tentación? La simple verdad verbal no me va a sostener bajo esta clase de presión. Y si no puede sostenerme en el desierto, no será capaz de darme poder para regresar a Galilea y a Jerusalén para proclamar y demostrar el evangelio. Jesús fue llevado al desierto en la plenitud del Espíritu (Lucas 4:1). Salió del desierto y volvió a Galilea en el poder del Espíritu (Lucas 4:14). Si no hay plenitud para entrar en la tentación, entonces tampoco habrá poder cuando se salga de ella.

Todas las necesidades y los deseos que nos vienen, tanto en lo natural como en lo espiritual, traen consigo una tentación para recurrir a una mentira a fin de permitir que se realicen y se cumplan. Y con mucha mayor frecuencia la tentación vendrá cuando

estemos en lugares solitarios y áridos, y estemos débiles y vulnerables. Si cuando la tentación llega encuentra orgullo, pretensión, transigencia, y fingimiento en nosotros, penetrará nuestras defensas puramente verbales y nos dejará sin ningún poder real cuando entremos a Galilea. Pero si justamente hemos venido del Jordán y tenemos al Espíritu que nos habita en plenitud total, y contamos con la seguridad tranquila e inmovible de la complacencia de nuestro Padre, entonces la tentación obrará como un catalizador en nosotros y transformará la plenitud en poder. El poder del Espíritu se convierte en una realidad dentro de nosotros en la medida en que hayamos resistido y rechazado toda otra falsa fuente de poder.

La Prueba de la Verdad: Entre Aquellos Que Nos Conocen

“Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea...vino a Nazaret donde se había criado.” (Lucas 4:14a, 16a).

Nazaret es el último lugar a donde iríamos, a menos de estar seguros del poder del Espíritu. Galilea y Nazaret tienen mucha significancia porque son “...donde se había criado.” Jesús fue directamente a las personas que le conocían. La mayor prueba siempre está frente a la entrada de nuestra casa, entre quienes conocen nuestra debilidad, nuestro defecto, y nos ven andar a diario nuestra fe. Es mucho más fácil fingir y engañar tanto a los demás como a nosotros mismos donde no somos conocidos, donde nadie puede mirarnos y decir: “¿No es éste el hijo de José, el carpintero?” Comenzar cada uno de nosotros en su propio Nazaret, en su propia familia, congregación, lugar de trabajo, es enteramente otra cosa.

Vino a Nazaret donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a Su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre Mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. (Lucas 4:16-19).

Fingimiento vs. Sustancia

Sería una tontería ir hoy a nuestros propios Nazarets y proclamar que el Señor nos ha ungido a fin de sanar a los quebrantados de corazón y dejar libres a los cautivos sin la paloma celestial morando con nosotros en plenitud y poder como lo hizo con Jesús. **“Y enrollando el libro...se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él” (Lucas 4:20).** ¡De la misma manera los ojos de todos estarán sobre nosotros cuando oigan palabras como estas saliendo de nuestra boca! Si estamos fingiendo al pronunciar simples palabras sin sustancia que las respalden, haríamos mucho mejor en quedarnos callados y no llamar tanto la atención sobre nosotros. El mundo se ha acostumbrado a oír los mensajes y desechar a quienes los dicen. Una mirada penetrante es suficiente para revelar que no se necesita tomar en serio al que habla.

Cuando Jesús se sentó y todos fijaron su mirada en Él, no justificó Sus palabras o procuró una retirada verbal estratégica. Le pidieron que pusiera las cartas sobre la mesa, probaron Su sustancia. Su respuesta fue decir: **“Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.” (Lucas 4:21).**

Los habitantes quebrantados y cautivos de los Nazarets de hoy esperan oír tales palabras de nuevo. Necesitan darse la vuelta y fijar su mirada cínica sobre la Iglesia y decir, no con escarnio sino con asombro sorprendido: “¿No es éste el hijo de José? ¿No son estos mismos cristianos los que siempre están rodeados de inconsistencias, llenos de habladurías, y cautivos de los mismos temores y codicias que padecemos? Entonces, ¿qué es este fervor de amor, esta transparencia, sencillez y claridad, esta evidente realidad?” Que venga el día cuando lo que se dijo de Jesús sea dicho también de Su Iglesia: **“Y se admiraban de Su doctrina, porque Su palabra era con autoridad” (Lucas 4:32).**

Ese día necesita venir porque hay otro día que se acerca cuando las ilusiones a las que los hombres se aferran para obtener un sentido de seguridad y sanidad se derrumbarán y se disolverán. Si hubo gente que saltaba por las ventanas cuando la economía se derrumbó en la depresión de 1929, ¿qué sucederá a nuestra más blanda y consentida generación cuando la totalidad del actual sistema mundial comience a tambalear y a colapsarse? Todo lo que se pueda sacudir será sacudido. Todo lo que se fundamentó sobre ilusiones, verdades a medias, orgullo, codicia y temor, al final chocará con la realidad. Entonces habrá muchos más oprimidos y quebrantados, muchos más cautivos y ciegos y confundidos. ¿Será la Iglesia la única fuente restante de sanidad a la cual volverse y adherirse o estará tan desolada y perturbada como el resto del mundo, repentinamente privada de las mismas mentiras e ilusiones?

Cuando Jesús leyó en Isaías se detuvo en la mitad de un versículo. Concluyó: **“...a predicar el año agradable del Señor.”** Ese último versículo termina: **“y el día de venganza del Dios nuestro.” (Isaías 61:2).** Estamos destinados a completar ese versículo. El mundo se ha acostumbrado a ver hombres raros en las esquinas que llevan carteles tenebrosos donde se lee: “¡Arrepiéntanse, pues el fin del mundo está cercano!” Cuando a la Iglesia no se la toma en serio, a quienes proclaman el juicio venidero se les considera como tontos. Esto se debe a que los hombres no ven que ese día viene; están ciegos a la luz del preamanecer de ese día, una luz que, incluso ahora, ilumina y revela todo en el mundo como vanidad y mentiras. El fracaso para ver una mentira como mentira no tiene ninguna relación con fallas en la vista. Una mentira no se ve como mentira precisamente porque se ha creído en ella, porque de ella fluye mucha seguridad y comodidad y poder hacia quienes la creen, y todo eso evita que sea reconocida su naturaleza engañosa.

La capacidad para ver una mentira como mentira no tiene nada que ver con la simple comprensión verbal de la doctrina del juicio final. La capacidad para ver una mentira como mentira viene de no creer en ella, de rechazar y rehusarse a la seguridad, la comodidad y el poder que la mentira ofrece. ¿Vemos bíblicamente y experimentamos todo el mundo como engendrado de una mentira? Si no vemos así, entonces estamos tan ciegos como los incrédulos, a pesar de todas nuestras palabras correctas sobre

escatología. Y si quienes guían a los ciegos y les predicán el evangelio y les ofrecen la vista están igualmente ciegos, entonces al final sólo podrán caer juntos en el mismo foso.

Juicio: Primero a la Iglesia

Hay una razón para que el juicio, y no solamente la doctrina del juicio, deba venir primero a la Iglesia. La Iglesia necesita que la luz brille sobre sus propias mentiras e ilusiones. Necesita que todo lo que tenga sus cimientos en la irrealdad y se haya nutrido en las tinieblas, se derrumbe. Necesita ver todo a la luz; todo, inclusive a sí misma, como de hecho es, como Dios mismo la ve. La luz de la verdad es juicio para todo lo que no es verdadero. La Iglesia, hasta donde sea verdadera y cierta, vive en la luz del día del juicio, y la irradia, aun ahora en medio del mundo. Tan sólo una Iglesia así, y creyentes así, siendo ya una proclamación viva del día del juicio de Dios que viene pronto, pueden proclamar la sanidad de los quebrantados de corazón y devolver la vista a los ciegos.

La luz de la verdad de Dios cambia más que las doctrinas del hombre; cambia al hombre. Isaías era ya un gran profeta, pero en el año en que murió el rey Uzías, Isaías vio algo que le transformó. Isaías vio a Dios Todopoderoso en Su gloria y el resultado de esa visión no fue un tratado ni una interesante serie de sermones. Isaías cayó como muerto y clamó que era un hombre de labios inmundos y que vivía entre un pueblo de labios inmundos. Entonces clamó: **“¡Ay de mí! que soy muerto.” (Isaías 6:5)**. Vio como Dios ve. Vio todo como realmente es y quedó deshecho. Y solamente después de esto pudo ir y proclamar las palabras que Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret, palabras de esperanza y sanidad, porque fue sano y restaurado; pudo proclamar palabras de juicio e ira porque había sido purgado y juzgado.

¿Vamos a ser comisionados y ungidos para proclamar y llevar a cabo lo que Isaías hizo, mientras nuestros labios están aún inmundos con las manchas de la insinceridad y las verdades a medias? ¿Vamos a hacer obras mayores que las que hizo Jesús con un poder menor que el que Él tuvo? Podemos ser capaces de hablar sobre un día de juicio que viene pronto, pero si no andamos ya en la luz de ese día, nuestras palabras son una burla de esa verdad.

Nuestros Anhelos y Metas Más Profundos

Ya somos hijos de Dios, pero todavía no sabemos lo que hemos de ser. Aún no sabemos qué es ser de manera completa como Él (1 Juan 3:2-3), pero una tal y absoluta semejanza es, o por lo menos debería ser, nuestra meta y nuestro anhelo más profundo. Sabemos de manera acertada que cuando Él venga seremos como Él, porque le veremos como en realidad Él es, sin estar nublado por nuestras ilusiones, temores y deseos. Si tal es la esperanza de alguien, se purificará a sí mismo, así como Él es puro. La Iglesia que vive en y por esta esperanza, se purificará a sí misma, hablando la verdad los unos a los otros en amor, restaurando la vista unos a otros, manteniéndose unos a otros verdaderos.

Tal proceso, siempre en amor, es con frecuencia doloroso. El amor de la verdad puede requerir algunos actos extremos. El día en que Dios consagró a los levitas para Su

servicio fue el mismo en que Moisés bajó del monte y encontró a todo Israel en orgías e idolatría. Dijo: **“¿Quién está por Jehová? Júntense conmigo” (Éxodo 36:26)**. Un pequeño remanente se le juntó. Tuvieron que hacer una elección entre comer y beber y levantarse y jugar o seguir al Señor; entre entregarse a los consuelos de las mentiras o confiarse ellos mismos a la verdad. A quienes se le juntaron, Moisés dijo: **“Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad...y volved por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente” (Éxodo 36:27)**. ¿Cuánto amamos la verdad? ¿Lo suficiente para con toda fiereza tomar la espada y entrar y salir del campamento, lo suficiente como para entrar y salir de nuestros propios hogares, nuestros matrimonios, nuestras congregaciones, y nuestra propia vida de pensamiento, a fin de matar todo cuanto no es verdadero? Cualquier amor menos que este no es sacerdotal.

“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros... Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz... [Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad de vida]” (Efesios 4:25, 5:8-9).

La verdad en la vida es el resultado y la evidencia de rechazar la falsedad en todas sus formas. Como todo fruto, no es algo que se pueda alcanzar por nuestro propio esfuerzo. La verdad en la vida sólo la puede producir el Espíritu cuya naturaleza propia y esencial es la verdad. La manera de conocer un árbol no ha cambiado. Siempre ha sido, y será siempre, por su fruto. Si el Espíritu de Verdad es la savia y la vida del árbol, entonces el fruto será verdad de vida. Es en vano esperar que se encuentre otro fruto del Espíritu como amor, o fe, o bondad, o mansedumbre, sin tener la verdad antes que nada. No hay amor, fe, bondad, o humildad que no sea una expresión de la verdad en la vida.

No hay atajos para la vida. El camino no se ha ampliado con los siglos. Ninguna acumulación de conocimientos, o experiencias, o buenas obras, puede agregar otra calzada al camino. El camino es la verdad y la vida, y es angosto en gran manera. Este es el único camino por el que Dios llama a andar a los hombres. Ampliar el camino es simplemente una opción que no está disponible para nosotros. Lo que está disponible es el Espíritu de Verdad para todo el que esté deseoso de andar en la verdad. Dios no tiene mayor gozo que este: el ver que Sus hijos andan en la verdad.

Capítulo 6

La Verdad Absoluta y el Espíritu de la Mentira

Llegar a Detenerse por Completo

Todo el que haya manejado un automóvil ha tenido la experiencia de llegar a una intersección. En forma lenta mira a ambos lados, y luego elige detenerse o deslizarse con lentitud y atravesar. La señal *dice*: “Pare por completo,” pero...es solamente una guía, una advertencia; no *significa* en realidad “pare por completo.” Después de todo, detenerse es tan inconveniente; en efecto, se desperdicia tiempo, se gasta mucha gasolina y se gastan los frenos. Por otra parte, se debe ir contra el momentum del vehículo que se encuentra ya en movimiento, así como contra una serie de actitudes y elecciones bien practicadas en favor de la auto-justificación, la facilidad y la conveniencia. Por tanto, no paramos. Hacemos la verdad relativa a nuestro propio juicio, a nuestras propias necesidades y a nuestra propia subjetividad. “Esto dice lo siguiente... pero la verdad no significa eso.” Y después nos preguntamos por qué el Espíritu parece estar ausente de nuestras vidas. Todos somos culpables de esto, o de ofensas semejantes. Todos nosotros, en un grado o en otro, en un sitio o en otro, nunca llegamos a detenernos por completo.

Mientras nos convenga y sirva a nuestros intereses, la verdad, como con el aviso de “Pare,” es obedecida. Cuando hay tráfico en la intersección, o cuando no podemos ver lo suficientemente lejos como para proceder con seguridad, entonces sí hay la voluntad de llegar a detenernos por entero. Pero, ¿qué sucede cuando parece que nada hay para ganar, que no hay ningún beneficio aparente al detenernos y que, en cambio, sí vamos a lograr algunos beneficios obvios por seguir? ¿Qué sucede cuando, como Eva en el huerto, examinamos el fruto prohibido ante nosotros, con más atención y decidimos que es bueno para comer, atractivo a los ojos y que nos puede servir para hacernos sabios? “Dios *dijo* que no lo comiéramos...pero en realidad *quiso decir* que... Ahí *dice* ‘Pare total’ pero realmente *significa* que...” Nosotros, simplemente, nunca ignoraríamos un aviso o señal. Disminuimos la velocidad, apenas como para aparentar obediencia a fin de satisfacernos a nosotros mismos y quizás a los demás, pero es sólo una apariencia. El asunto ya se decidió. Una vez que la verdad se ha hecho relativa para nuestros fines, sean viles o nobles, ha dejado de ser un fin en sí misma. La verdad que es relativa a nuestros objetivos y metas, no es otra cosa sino nuestra sirvienta. Pero, únicamente cuando se la ama y se la obedece, por sí misma, sin tener en cuenta su utilidad aparente, se convierte en Señor nuestro. El relativismo está en el propio corazón de la sabiduría mundana. El mundo celebra la tolerancia como una virtud cardinal y se encuentra preparado para tolerar todo — excepto los valores absolutos y la verdad absoluta. Para la sabiduría y la iluminación del mundo, nada es más ofensivo y ridículo que lo que llama “dogmatismo.” Sin embargo, bajo la profesada preocupación del mundo por la complejidad de las circunstancias, yace un rechazo hacia *cualquiera* de los absolutos y hacia *todos* ellos. En

su celo contra el “dogmatismo,” el mundo exalta la tolerancia por encima de la justicia y la rectitud y, por tanto, degrada la verdad.

Pragmatismo vs. Obediencia

El relativismo tiene sus frases típicas como: “Eso puede ser cierto para ti, pero no para mí.” “Todo depende de la forma como lo mires.” “Nada es blanco y negro.” De esta forma el adulterio, como la belleza, se reduce a una función de los ojos de quien mira y la sodomía pasa a ser un “estilo de vida alternativo.” Todos los valores y los juicios se disuelven en un nebuloso gris que todo lo penetra. Ese tono grisáceo es fatal para la verdad. Resulta de practicar el relativismo, de mezclar lo correcto con lo errado, lo blanco con lo negro, la luz con la oscuridad; pero Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en Él. La luz es la verdad y lo grisáceo es un engaño y una mentira al igual, o quizás más, que la oscuridad. Las primeras palabras que Dios habló a una creación en caos fueron: “Sea la luz” y separó la luz de las tinieblas (Génesis 1:3-4). Este acto de separación jamás se ha anulado. La luz y la oscuridad nunca se pueden mezclar, como tampoco la verdad y la mentira. “Pare” quiere decir: “Deténgase por completo,” incluso cuando es inconveniente. La sabiduría del mundo siempre trata de deshacer las distinciones absolutas y eternas de Dios, siempre procura borrar los límites entre la verdad y las mentiras, siempre busca crear un tono grisoso en el cual se pueda redefinir y justificar lo que deseamos ser y hacer. El relativismo es muy atractivo porque, al contrario de la verdad, ¡es tan conveniente!

La Plomada de Dios de la Verdad es Absoluta

Dios ha puesto una plomada desde el cielo hacia abajo: verdad absoluta, justicia absoluta, amor absoluto. Esa plomada es Jesús mismo. Todas las cosas en Él subsisten. Fuera de Él todo se desintegra, todo va de regreso a un vacío informe. El universo no se mantiene junto “aproximadamente” porque Dios no es un Dios de aproximaciones. Jesús no es aproximadamente la verdad, el camino, y la vida. Por esto es que el Redentor no es muy popular. Él es absolutamente santo y verdadero y terriblemente inconveniente. Cuando dice: “Pare,” no quiere decir: “Disminuya la velocidad y deslícese con lentitud para atravesar.” El viene lleno de gracia... y verdad (Juan 1:17). El espíritu de este siglo es completamente antitético a tal Cristo y a tal verdad. Prefiere su verdad sin dientes, inofensiva y dócil, para usarla cuando conviene y luego ponerla tranquilamente de regreso en su lugar. Prefiere lo grisáceo.

Por tanto, se espera encontrar un tono gris en el mundo. Fue concebido en el principio por una mentira. La serpiente dijo a Eva: “No moriréis” (Génesis 3:4). Esta malvada era nació del principio que el fin justifica los medios. Vive por ese principio como su credo principal. El alivio de la soledad justifica el adulterio; el alivio del estrés y la inconveniencia justifica el aborto; el perfeccionamiento de la raza justifica el genocidio. El mundo, simplemente, está satisfaciendo su naturaleza espiritual cuando niega la verdad absoluta. El gris es su atmósfera preferida, su condición necesaria para sobrevivir. La Iglesia, sin embargo, fue engendrada por el mundo de la verdad. Es el único sitio de la tierra donde no se debería encontrar el tono gris. Dios es luz y nosotros somos hijos de la

luz. A los justos se les caracteriza por su amor a la luz (Juan 3:19-21). La luz desvanece todos los tonos variables del gris; hace manifiestas todas las cosas. Los justos no deberían tener necesidad de morar en las sombras. No deberían tener fines personales, ni deseos que requieran de las sombras para su cumplimiento y su justificación. La palidez, lo borroso, lo gris, que son señales exteriores de vivir en un mundo de sombras de luz parcial, nunca se deberían ver entre el pueblo de Dios—ni en nuestros matrimonios, ni en nuestra adoración, ni en nuestros rostros—pues somos hijos de la luz.

Verdad Celestial vs. Sabiduría Mundana

Sin embargo, la triste realidad es que lo gris es la marca de demasiadas vidas cristianas. La luz de las verdades simplemente conocidas y profesadas, pero en las que no se camina, no es suficiente para dispersar las sombras que provienen del interior, y que se originan en el relativismo y el pragmatismo donde vivimos. Nuestras confesiones de la verdad se extienden sólo hasta las fronteras de nuestros propios intereses y conveniencias. Cuando llegan a los asuntos prácticos de nuestras vidas y nuestros ministerios, somos tan relativistas como el resto del mundo. Nuestro conocimiento es celestial, pero nuestra sabiduría es la sabiduría del mundo. Sabemos que la señal dice: “Pare,” pero todos en alguna forma y en algún sitio, encontramos una manera para justificar el atravesar sin parar. Y cada vez que lo hacemos salimos del ámbito del Espíritu de Verdad y entramos en el plano y en el dominio del espíritu de mentira.

Si la verdad fuese conveniente, entonces todo el mundo iría tras ella. Pero es precisamente el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir. El mundo no quiere el Espíritu de Verdad porque es vergonzoso, es un obstáculo y una terrible inconveniencia. El mundo no tiene espacio para la verdad; está demasiado lleno de su propio espíritu y de su propia sabiduría. ¿Cuántos negocios no sufrirían una bancarrota y un colapso casi instantáneos si resolvieran basar todas sus ventas, sus propagandas, y sus cuentas de gastos en la verdad y nada más que la verdad, en espíritu así como en palabra? De acuerdo con la sabiduría del mundo, un hombre es tonto si paga todos sus impuestos o si devuelve el exceso de dinero que le entregó el cajero del banco o si trabaja su turno completo por el salario del día. Esa clase de veracidad para el mundo es más que tontería— ¡es peligrosa y subversiva! Es una amenaza para la supervivencia de todo un orden, un reto para las premisas sobre las que se basa todo el sistema mundial. El mundo se sacudiría y tambalearía si todas las verdades a medias, exageraciones y manipulaciones que lo mantienen en pie repentinamente fuesen haladas de debajo de él.

¿Qué pasaría si las iglesias y los ministerios cristianos resolvieran basar todo lo que hacen solamente en la verdad? ¿Continuarían llenándose nuestros buzones con las peticiones que nos llegan? ¿Serían tan prolíficos los signos de admiración? ¿Estaría subrayado todo desde “¡Ayuda!” y “¡Urgente!” hasta “¡Queridos hermanos y amigos!”? Cuando se comienzan a usar el cálculo y la manipulación, inclusive en una buena causa, los resultados son engaño. Si usted cede por un momento a la sabiduría del mundo, y deja aparte el elevado patrón de conformidad con el mismo Espíritu y no sólo con la letra de la

verdad, entonces habrás cruzado la línea de separación entre el Reino y el mundo. Si usted comienza a exagerar su necesidad y a justificar su exageración porque es, después de todo, por causa de “el ministerio,” entonces va a terminar justificando mentiras y pecados evidentes. Si comienza subrayando “Urgente” por el simple efecto, entonces acabará subrayando de la misma manera “Queridos Amigos.” Una vez que se permite justificar no parar en la señal de “Pare,” es apenas cuestión de tiempo antes de ignorar por completo la señal.

La Verdad: Una Vigilancia Momento a Momento

Toda la tierra va a ser sacudida y esto incluye a la Iglesia. Sólo lo que es incommovible, lo que está cimentado sobre la Roca de la Verdad, permanecerá en pie. Todo lo fingido y manipulador, todo lo corrompido por la sabiduría auto-justificativa del mundo se derrumbará por completo. Apelar, en el día del juicio de Dios, por el fin que hemos buscado no justificará nuestros medios impíos. ¿Cuál es nuestro fin si podemos hasta imaginar que se puede emplear un medio corrupto para lograrlo? El verdaderamente buscar glorificar y expresar la verdad de Dios nos impedirá utilizar la manipulación y el engaño. Podemos protestar que nuestro objetivo final es la gloria de Dios y el ministerio de Dios, pero la verdad es, que si empleamos la sabiduría del mundo y el espíritu de la mentira, nuestra *propia* fama y nuestra *propia* gloria es nuestro fin. La verdad en el lugar más íntimo de todos nuestros motivos requiere una vigilancia diaria, momento a momento, sin descanso de ninguna clase. Toda transigencia, sin importar lo mínima que sea, sirve para apartarnos más y más del Espíritu de Verdad, hasta cuando la santa paloma se aparta y nosotros sigamos, sin siquiera darnos cuenta que Él se ha ido.

Entre más urgente y más espiritual parece ser el fin, más tentador es recurrir al espíritu de la mentira para llevarlo a cabo. ¿Cómo expresa su necesidad si usted es un ministerio y no puede albergar a todos los que trabajan con usted, cuando se acerca un invierno de temperaturas extremas en el Norte de Minnesota? ¿Cuántas insinuaciones, cuántas sugerencias implícitas, cuántos llamamientos velados para obtener fondos, se justifican en una carta de noticias? Incluso una necesidad legítima no servirá de excusa para una mentira. Si algo no se puede decir a la luz, si requiere velos, sugerencias, o alguna especie de cubierta de sombras, entonces no se debería mencionar jamás. Hay una alternativa para la manipulación: confianza en Dios. Hablar la verdad es la evidencia de confiar en Dios; es siempre un acto de fe. El asunto de la verdad es el asunto de la fe. Si no podemos ser movidos a dar, o a arrepentirnos, o a hacer algo por una verdad sin adornos, entonces no nos movamos en absoluto. Nuestro amor a la verdad se mide por cuán cerca queremos estar a perecer sin buscar salvarnos con una mentira.

De la propia boca de Jesús salió una definición de un verdadero israelita, y por extensión podemos decir, de una Iglesia verdadera. Cuando vio a Natanael que venía hacia Él, dijo: **“...He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño” (Juan 1:47).** Aquella definición aún está en pie. El Espíritu de Cristo que se halla dentro de nosotros todavía salta al reconocer a un Natanael que entra en nuestra presencia. Natanael ni siquiera había dicho una palabra. No había expuesto ni una simple verdad doctrinal o una afirmación correcta en el momento en que Jesús lo identificó. Claro que era un israelita, un israelita

verdadero, reconocible como tal, no por sus palabras sino por su total falta de engaño. Natanael andaba en la verdad, libre de pretensiones, de todos los significados ocultos, de todas las apariencias falsas. Andaba y vivía en la luz; y así lo demostró.

Capítulo 7

La Verdad: Un Espíritu sin Engaño

Pablo: Un Israelita Verdadero

Pablo fue un Natanael, un israelita veraz—y manifiestamente fue así, porque cuando de verdad contaba, estaba libre de engaño.

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:1-5).

Nadie podría dudar que Pablo era elocuente. Podía hablar sabiduría, pero no la sabiduría de este siglo. Sus palabras eran espirituales, reservadas y apropiadas para pensamientos espirituales. Cuando era elocuente, su elocuencia era transparente; estaba por entero al servicio de la verdad. No llamaba la atención sobre sí mismo. El apóstol era completamente desinteresado de su reputación. Conocía los puntos finos y delicados de la oratoria griega; sabía todos los caminos para ganar la admiración de la multitud con una serie de frases bien manejadas con excelencia. Sabía lo útil que era la elocuencia, la buena presentación, y adornar su lenguaje con entonaciones, cadencias y gestos bien estudiados. Sin embargo, estaba decidido a no hacerlo así. Pablo sabía lo que sabe todo amante de la verdad: que para hablar la verdad se debe demostrar la verdad y para demostrar la verdad se debe ser tan humilde y transparente como lo es el Espíritu de Verdad mismo.

Hablar La Verdad En El Poder Del Espíritu

Toda palabra que Pablo habló se conformó y se determinó desde adentro por medio del hecho que su predicación no era producto de sus propios cálculos. Una vez que se reconoce la naturaleza de la verdad, la forma y la manera de hablar, así como el contenido, dejan de estar a discreción del orador. Pablo estaba decidido a conocer y a comunicar nada más sino a Cristo, y a éste crucificado. Estaba decidido a no comunicar a Pablo, a no preocuparse por su propia gloria o reputación. Así, hasta su misma manera de hablar de Cristo era para Pablo en sí una crucifixión. Era una demostración de muerte a todo servicio propio, a toda preocupación por la propia reputación, a todo deseo de efectuar algo. Y esto es cierto no sólo para Pablo. Cuando sea que hablemos vamos a enfrentar la misma elección que confrontó a Pablo, ya sea para aumentarnos y

protegernos nosotros mismos como oradores o para confiar en que la verdad se manifieste por sí sola. Con mucha frecuencia, ¿no es lo que hacemos en nombre de una mejor comunicación en realidad algo que se hace para salvaguardarnos de aparecer como necios o tontos? Tememos a la vergüenza más de lo que amamos a la verdad. Pablo habló, no solamente en palabras, sino en la demostración y en el poder del Espíritu. A menos que decidamos dejar de lado nuestro equivalente moderno de la oratoria griega y de la retórica florida, tan sólo nos quedaremos con nuestras palabras, desprovistas de toda demostración y poder.

Es difícil imaginar cuán necia y tonta ha debido ser la apariencia de Pablo en Corinto. Los griegos a quienes habló estaban entre las personas verbalmente más sofisticadas del mundo. Ellos consideraban un epítome la sabiduría mundana. La necedad de Pablo en Corinto sólo se puede comparar con la de Aquel que fue antes que él a Israel. Cuando Jesús apareció a Israel era como raíz de tierra seca. No tenía parecer o hermosura alguna como para apelar a los ojos de los hombres. Nada de Su apariencia podría atraer a los seres humanos (Isaías 53:2-3). Todo cuanto la sabiduría mundana pudiera dictar para hacer a Jesús más atractivo y aceptable, toda forma de adorno carnal, se encontraba ausente. Él fue la verdad sin adornos, y nada más sino la verdad. Y así fue despreciado y desechado, sin recibir estimación de ninguna clase, hasta el punto que le consideraban como tonto y loco. Los hombres escondieron sus rostros de Él. Sufrió el rechazo y el ridículo precisamente porque era el pan celestial, sin nada de levadura. Pablo fue tratado igual que su Señor, pues él era en verdad un israelita, en quien no hubo engaño.

Confianza En La Verdad vs. Habilidad Humana

Todo cuanto pudiera hacer de Pablo un orador fuerte, impresionante y seguro, fue puesto a un lado. Vino con temor, debilidad y temblor, en medio de un mundo lleno de su propia sabiduría para impresionar. Pablo estaba por completo confiado en el poder de la verdad, lo suficiente como para descansar en ella sin buscar asistirla por medio de algo propio. Estaba tan enfocado en la gloria de Dios que se encontraba dispuesto a enfrentar el ridículo y el rechazo en lugar de apartarse de las demostraciones del poder de la verdad. Su debilidad y su temblor son las condiciones inevitables de todo ministro que se pone de pie ante una congregación, de todo evangelista, de todo cristiano que anda un día de su vida en medio del mundo—y todos, es decir, quienes comparten el amor de Pablo hacia la verdad y su celo por la gloria de Dios. Pablo soportó lo que hizo para que nuestra fe pudiera estar en Dios, para que pudiésemos ser movidos y persuadidos por la verdad y no por algún tipo de técnica de mercadeo habilidosa producto del orgullo y de la inseguridad del orador, que no puede ni quiere amar y confiar en la verdad.

El asunto que Pablo enfrentó al hablar en Corinto es exactamente el mismo que enfrentamos cada mañana ante el espejo: ¿Estoy libre de engaño? Entonces, ¿por qué adopto ese estilo en la forma como lo hago? Pablo habló tan sólo esas palabras que eran transparentes, que permitían pasar la luz de la verdad desde el interior sin reflejar ninguna luz hacia él. Pablo habló la verdad y solamente la verdad, en todo momento. ¿Qué dicen las ropas, los adornos, los peinados y los perfumes que utilizo? ¿Magnifican a Dios o me engrandecen a mí?

Pedro se dirigió específicamente a las mujeres, pero sus palabras se aplican a la Iglesia como la novia de Cristo:

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. (1 Pedro 3:3-4).

De la misma manera Pablo escribió:

Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad. (1 Timoteo 2:9-10).

Pedro y Pablo en estos pasajes no estaban defendiendo el uso de ropas raídas y andrajosas y tampoco lo estaba haciendo Pablo con respecto a la mala gramática y a la pobre lógica de los corintios. El asunto es uno de motivos y de fe. ¿Vacilo ante el espejo, o ante el púlpito para no quitarle la gloria al Espíritu de Verdad?

El Fin Dicta Los Medios

¿Estoy conforme de permitir que me vean como soy? ¿Soy tan devoto a la verdad, con tantas intenciones de expresar la verdad en todas las cosas que no dejaré que mi manera de hablar, o las ropas que llevo, o la forma como me presento a mí mismo cree una impresión o una imagen que no sean verdaderas? La tentación de alterar mi imagen, de agregar un poquito de ilusión a la verdad, es muy poderosa. La tentación de justificar mi autoengrandecimiento como una forma mejor y más impresionante de servicio a Dios, es igualmente grande. Pero una mentira nunca puede servir al Dios de la verdad, y toda imagen falsa es una mentira. Todo cuanto se hace a partir de un motivo de vanidad, orgullo, e inseguridad, es una mentira. ¿Confío en Dios para que viva, haga y sea por medio de mí o continuamente estoy fabricando algún tipo de imagen, física o espiritual, algún carácter que sólo es externo y los ofrezco para que Dios los use, y obre con ellos y hable por medio de ellos? El fin nunca justifica los medios; el fin dicta los medios. Si el fin es la revelación de un Dios que es la verdad, entonces los medios deben ser verdaderos en todos los aspectos de mi vida.

Usted Puede Juzgar Un Libro Por Su Portada

El mundo está tan aclimatado a las apariencias falsas que sostiene como un principio irrefutable de sabiduría que no se puede juzgar un libro por su portada. Sin embargo, usted podía juzgar a Natanael por su portada; y era posible ver al Padre en Su Hijo. Cuando el Espíritu de Verdad se halla presente por entero, reinando desde adentro, se expresará a sí mismo en el exterior por medio de todo, desde las palabras de un sermón hasta el peinado del predicador. La verdad es que usted siempre puede juzgar un libro por su portada. Nada respecto a una vida es simplemente superficial. Todo, desde la superficie hacia abajo, expresa lo que hay en el más profundo interior. Si lo más profundo

es vanidad o temor por la reputación de uno, entonces eso será lo que se muestra en el exterior. No importa lo mucho que tratemos de mantener escondido nuestro corazón secreto, lo cierto es que todo lo escondido será revelado.

Mi enseñanza no es mía—replicó Jesús—sino del que me envió... El que habla por cuenta propia busca su vanagloria; en cambio, el que busca glorificar al que lo envió es una persona íntegra y sin doblez. (Juan 7:16,18 NVI).

Puedo hablar palabras verdaderas, pero si las hablo como si fueran mías, es decir, si las empleo con una finalidad de servirme a mí mismo, entonces no soy un hombre de la verdad. Jesús dejó establecido que sólo hay un motivo para quien habla por sí mismo: ganar su propia honra. Bien sea por vanidad o inseguridad, buscar la propia honra es dejar de ser verdaderos. Entonces, ¿qué acerca de mis oraciones, o mi forma de vestir, o mis expresiones faciales? ¿Es su objetivo ganar reconocimiento, poder, u honor para mí mismo? ¿Hay todavía algo que persiste en mi alma, que me hace desear y deleitarme en mi habilidad para impresionar, manipular y controlar a los demás, con mi cuerpo, mi arreglo, mis palabras—mis oraciones? Si amamos la verdad, entonces estas son la clase de preguntas que nos haremos. Simplemente no es suficiente que Jesús diga de mí: “No habló palabras falsas.” Su regocijo y aprobación se expresan solamente cuando Él puede decir de alguien: “...es un hombre de la verdad; no hay nada falso en él.”

Las Sutilezas Del Engaño

Hay un acuerdo silencioso entre el engañador y el engañado que permite que la pretensión continúe. No existe predicador que se permita a sí mismo convertirse en un animador sin una congregación que quiera convertirse en audiencia. Hay un interés utilitario para ambas partes. El aludador y el adulado, el seductor y el seducido, ambos han dejado de amar la verdad por las mismas razones autogratificantes.

Nuestros espíritus deberían retroceder cada vez que a una asamblea del pueblo de Dios se le llama “audiencia.” Y en verdad, con mucha frecuencia, es precisamente eso: una audiencia, gozando—al igual que provocando—la presentación del hombre en el escenario. El que predica hace bien su papel y recibe su recompensa de quienes vinieron para verlo y oírlo. Sabe cómo agitar las emociones. Su voz se eleva y desciende evocativamente a medida que ora; su presencia y sus maneras confirman nuestra imagen de lo que esperamos y deseamos que sea un predicador. Las palabras son correctas, inclusive conmueven, pero el espíritu del orador dice: “Todo está bien; en verdad no espero que ustedes cambien por esto, pues apenas hago mi parte en un acuerdo silencioso y ustedes hacen la suya, pero sabemos que en realidad todo es simplemente un espectáculo.”

Nos hemos convertido en los cómplices voluntarios de nuestras mentiras. Nadie esta dispuesto a identificar la farsa del otro por temor a que se identifique la farsa de él. La verdad ha venido a ser justamente tan relativa y tan cautiva de nuestras propias necesidades y deseos como lo es para los incrédulos. Y mientras la verdad esté suprimida

dentro de nosotros, nos mantendremos lejos de ser Natanaeles ante un mundo cautivado y fascinado por las sutilezas del engaño.

Hemos sido cómplices con los demás de nuestras propias ilusiones. Necesitamos ser, y se nos llama a ser cómplices con los demás de nuestra propia santificación. Nos necesitamos uno a otro desesperadamente. No hay nadie sin un punto ciego. Todos somos aptos para ser hipócritas. Si no podemos y no queremos confrontarnos los unos a los otros en amor, entonces continuaremos siendo prisioneros de nuestras propias ilusiones. Tenemos temor de herir y ofender, así que permanecemos callados y llamamos amor a nuestro silencio. Lo que necesitamos desesperadamente, y lo que el verdadero amor instila, es un mayor sentido de horror ante las mentiras que devoran las almas de quienes están a nuestro alrededor. El amor nos constriñe a hablar, no a permanecer callados, pues si no nos consume el celo por la casa de Dios y por la pureza de Su palabra, entonces lo hará el espíritu de la mentira.

El Espíritu De Verdad No Admite La Transigencia

Pablo no tenía temor de aparecer como débil y necio ante los corintios. Asimismo tampoco tuvo miedo de ser osado y a arriesgarse a ofender a los hombres, incluso arriesgarse a ofender al apóstol Pedro en Antioquía. Así lo escribió a los gálatas sobre aquella oportunidad en Jerusalén cuando algunos falsos hermanos le presionaban con respecto al asunto de la circuncisión. **“a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros” (Gálatas 2:5).** No se sometió por un momento, ni mucho menos por un segundo, porque si lo hubiera hecho, habría permitido que la levadura entrara en la masa. Habría sido conveniente dejar que pasara la hipocresía de Pedro en Antioquía. ¿Por qué osar ofender a una de las columnas de la Iglesia, especialmente cuando usted no es uno de los doce apóstoles originales? ¿Por qué atreverse a parecer como un recién llegado? ¿Por qué arriesgarse a ser reprendido por Pedro en presencia de aquellos a quienes usted ha ganado para Cristo? Nadie quiere que se le ponga la etiqueta de fanático, o de legalista o de falto de amor. Sin embargo, debido a que Pablo era en sí mismo un hombre de la verdad, sabía por el Espíritu de Verdad dentro de él cuando ser intransigente en un asunto. Sabía la diferencia entre discreción y cobardía, entre autojusticia y celo por la integridad de la verdad de Dios. También sabía cuando el amor le obligaba a confrontar la hipocresía de un hermano.

Gentileza Y Denuedo: Un Mismo Origen

Pablo había sido uno de los últimos llegados al evangelio, había sido perseguidor de la Iglesia, y en Antioquía se encontró frente a frente con Pedro que era uno de los tres que habían estado más cerca de Jesús. El mismo Pablo que se levantó ante los corintios en temor y temblor, ahora lo hacía ante Pedro y se le opuso cara a cara (Gálatas 2:11-14). Lo que en una ocasión movió a Pablo para presentarse como débil y necio, exactamente lo movió para que lleno de denuedo confrontara a Pedro en otra oportunidad. Su debilidad y su osadía, su suavidad y su firmeza, tenían un mismo origen, un mismo propósito que las animaba: la devoción apasionada a la pureza y a la verdad del evangelio.

Pablo había observado que Pedro voluntariamente comía junto con creyentes gentiles hasta cuando llegó un grupo de creyentes judíos que aún guardaban la antigua ordenanza de no comer con los gentiles. En ese momento, cambió el comportamiento de Pedro.

Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. (Gálatas 2:12).

El cambio de Pedro no nació del amor ni de la deferencia, sino por su temor de los hombres. Pablo observó cómo alguien tan quebrantado y con tantos dones como Pedro sucumbió al temor de la desaprobación y del rechazo, descendiendo hasta la hipocresía. Toda mentira tiene en sus raíces algún propósito de autoservicio. Abraham hizo mentir a Sara cuando la obligó a decir que era su hermana, “para que me vaya bien” (Génesis 12:13). No hay libertad de la tentación y el poder de las mentiras mientras que haya un “mi” buscando ser consentido y protegido.

Sólo Una Vida Crucificada...

Si incluso Pedro no era inmune a tal tentación, entonces seríamos muy tontos en imaginar que nosotros sí lo somos. Si Pedro necesitó a un Pablo para que lo confrontara, entonces seríamos muy tontos en pensar que podemos mantenernos verdaderos por nuestra propia cuenta. Pero, ¿quién me confrontará en mi hipocresía si él mismo está prisionero de la hipocresía? Si Pablo hubiese estado gobernado por el temor a los hombres, si todavía fuese adicto y dependiente de la aprobación y alabanza de los hombres, nunca hubiese podido confrontar a Pedro. El temor a los hombres, el temor al rechazo, el temor al ridículo, tienen el poder de convertir en gelatina las rodillas más fuertes. Sólo un hombre como Pablo, cuya única jactancia estaba en la cruz de Cristo, que fue un muerto vuelto a la vida en Cristo, pudo levantarse por encima del temor y hablar a Pedro en verdad y amor. Únicamente una vida crucificada, y no solamente la doctrina de la cruz, nos harán libres del temor a los hombres y nos capacitará para confrontar, cuando sea necesario, a los Pedros de nuestra propia generación.

Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro *delante de todos...* (Gálatas 2:13-14).

Un poquito de levadura leuda toda la masa. La hipocresía de Pedro era contagiosa. Se extendió con toda rapidez, probablemente sin que se hubiera dicho una sola palabra. Las acciones realmente hablan con más fuerza que las palabras. El precio de tolerar una mentira no permanece constante; aumenta y sigue aumentando hasta cuando el pago es completo. El dolor actual que se evita se vuelve un dolor mayor más tarde. La verdad no es conveniente, y mientras prefiramos y elijamos la comodidad y lo conveniente, no andaremos en la verdad. El espíritu de la mentira suministrará conveniencia, autogratificación y autojustificación para todos los que las buscan. Procurará

convencernos que no es necesario sufrir en ninguna forma, que el dolor puede y debe ser evitado. Aquello que es verdadero y no fingido siempre es costoso. Esto requiere poner a un lado lo que es falso. El camino de la verdad siempre es el camino de la cruz. Es una muerte confrontar a un hermano en amor y una muerte permitir ser confrontado uno mismo.

Andar En Verdad: La Elección De La Cruz

Hemos usado cruces en nuestros cuellos y hemos adornado los tableros de nuestros carros, pero una dedicación a la verdad inevitablemente transformará la cruz de ser un objeto decorativo inofensivo a ser una experiencia diaria muy real. Purgar el espíritu de la mentira siempre es doloroso. Toda transigencia, toda exageración, toda mentira es, en esencia, evitar la humillación y la muerte. Como la primera mentira de la serpiente en el huerto, desde entonces toda mentira es calculada para apelar y exaltar la ambición, la vanidad, la autogratificación, y el orgullo; es decir, todo lo que crucificó al Señor y todo aquello por lo que Él murió para hacernos libres. La elección de andar en la verdad es la elección de tomar uno su propia cruz y seguirle a Él diariamente. Por esto es que la verdad no es muy popular, por esto es que es muchísimo más fácil hablar de ella que andar en ella. Convertir en un matrimonio una tregua pragmática en una paz verdadera, requiere una cierta medida de angustia y de dolor de parto. Por esto es que las treguas pragmáticas tiendan a convertirse en la norma, tanto en los matrimonios cristianos como en los del mundo.

Disminuir la velocidad y simplemente deslizarse en la señal de “Pare,” no es noventa por ciento de obediencia; es un fracaso de ciento por ciento en detenerse. Exagerar un poquito para crear y manipular sólo un poco las emociones desde detrás del púlpito, el pretender y el actuar sólo un poco es mentir en forma completa y total. Parece que hemos traído nuestra experiencia del salón de clases a nuestra relación con Dios. Llegamos ante el Señor como los estudiantes a su maestro al comienzo del año escolar preguntando: “¿Cuál es el mínimo que debemos obtener para aprobar?” ¿Cuál es la calificación con que se gana la vida cristiana? ¿Lo lograré con sesenta y cinco por ciento de la verdad? La verdad es absoluta, y algo es toda la verdad o no es la verdad en absoluto. Tal absolutismo es muy extraño para nosotros. Hemos sido tan cuidadosamente educados en el relativismo del mundo que nos parece increíble que la calificación de aprobación de Dios sea en realidad ciento por ciento. Incluso la porción más pequeña de levadura aún leuda toda la masa.

La elección entre la verdad y la mentira, entre la integridad y la conveniencia, está puesta ante nosotros repetidamente y a diario. Es tan frecuente y tan significativa como una señal de “Pare.” Hasta que resolvamos detenernos por completo, a ser absolutos respecto a la verdad e integridad, en vez de buscar la cantidad mínima como para que apenas podamos “pasar,” nuestras vidas permanecerán desprovistas de poder verdadero, llenas quizás de mucho ruido y furia, pero en lo que de realmente cuenta, no significa nada. Irónicamente, al buscar el mínimo de verdad, nos condenamos a experimentar una gracia y perdón mínimos. Dios no ofrece simplemente gracia suficiente como para “pasar.” Su perdón, cuando fallamos, es tan absoluto como la meta que Él mismo fija. Aquel que aspira a algo

menos que a toda la verdad, experimentará mucho menos que la totalidad del perdón. La libertad de la condenación y del desespero vienen al apuntar a lo más alto, no a lo más bajo.

“El reino de Dios consiste y se basa, no en el hablar, sino en el poder—poder moral y excelencia del alma” (1 Corintios 4:20. Versión Libre). El poder moral y la excelencia del alma no se alcanzan cuando nos deslizamos en las señales de “Pare,” sin importar cuánto disminuyamos la velocidad. Son más bien el fruto y la evidencia de haber hecho un pare total. Delante de nosotros hay toda una tarea. Hay un pare completo que se debe hacer en nuestros sitios de trabajo y en nuestros dormitorios, detrás de nuestros púlpitos y en nuestras conversaciones casuales, ante nuestros espejos y en nuestras oraciones. Dios espera que Sus hijos abracen y anden en la verdad—de manera absoluta. Su Espíritu se derrama sin medida sobre quienes tienen un corazón completo y perfecto en su devoción a la verdad. Necesitamos orar solemnemente juntos por la gracia para romper el poder del espíritu de la mentira y para andar en la verdad delante de Dios y del mundo.

Señor, si nunca te hemos pedido que no seamos apenas olores de la palabra, sino también hacedores, te lo pedimos ahora; y mientras te lo pedimos, temblamos, pues reconocemos que no tenemos el coraje para esto. Somos cobardes, tenemos temor de lo que digan los hombres, tenemos miedo de lo que nuestros esposos o esposas digan o hagan. No sabemos cómo relacionarnos unos con otros. Ni siquiera sabemos cómo comenzar a decir las cosas que son ciertas y verdaderas; hemos estado callados durante mucho tiempo. Hemos estado satisfechos durante mucho tiempo con simplemente “ir pasando.” Para lo que nos has llamado es una revolución y no tenemos coraje para eso, porque debemos admitir que preferimos la conveniencia a la verdad. Pero, a Ti precioso Dios, te amamos y deseamos ver Tu Reino establecido en la tierra. ¿Cómo podemos llamarte Rey de reyes y no ceder al camino del Reino? Así que, Señor, te pedimos simplemente por gracia y misericordia a medida que buscamos andar en la verdad. Queremos que te regocijes. Queremos ver a Tu corazón contento, pues estamos aburridos y cansados de tan sólo pronunciar con nuestras bocas “aleluyas” y “amenas” y cantar coritos. Queremos que en realidad tengas satisfacción y gozo mientras miras a Tus hijos que andan en la verdad. Por tanto, Señor, ayúdanos. Permítenos comenzar hoy mismo. Muéstranos con Tus maneras suaves, por el Espíritu, dónde necesitamos hacer correcciones, dónde nos hemos deslizado a través de las señales de pare y no nos hemos dado cuenta. Muéstranos que cuando dices: “Pare,” en realidad quieres decir: “Pare total.” Cuando dices “amor,” significas amor; cuando dices “verdad,” quieres decir verdad...no “aproximadamente” o “algo parecido a eso” sino en realidad de una manera perfecta y total. Pido tu bendición, Señor, sobre todos nosotros para que según el grado en que nuestros corazones estén decididos a andar en este camino, tu gracia nos lleve al sitio donde se unen la llanta y la carretera. Que nos atrevamos a vivir por fe, y que deseemos también perecer si Tú no eres el Dios que saca vida de la muerte. Más bien preferiríamos fracasar que “ir pasándola.” Que podamos entrar al plano de esa gracia Tuya que jamás hemos conocido antes y que desaparezca todo lo grisáceo de nuestras vidas, de nuestros matrimonios, de nuestras congregaciones, mientras una medida creciente de luz y de gozo viene con la llegada de Tu realidad y verdad. Gracias por ser

un Dios de palabra urgente, por ser un Dios de verdad. Te amamos y Te alabamos por ser EL QUE ERES. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

Capítulo 8

Humildad: El Camino de la Verdad

Redefiniendo La Parte Como Un Todo

En el Libro de los Hechos Capítulo 5, se registra un incidente en relación con la venta de una propiedad raíz. Si este episodio hubiese tenido lugar en nuestra época actual, hubiese tenido un desenlace completamente distinto. Si unos Ananías y Safiras contemporáneos trajesen la cantidad que recibieron, sin duda considerable, por la venta de su propiedad a los ancianos de su iglesia, muy probablemente se les aplaudiría y se les felicitaría. La estimación con que se miraba su espiritualidad habría aumentado grandemente. A Ananías se le asignaría un sitio de honor en la junta directiva, o se le hubiera destinado a una posición como anciano o diácono. Pero este incidente ocurrió en otra época, en una hora en que el Espíritu de Dios prevalecía con gran magnitud y pureza. El mismo acto que hoy se hubiera celebrado, resultó en ese día en juicio y muerte repentinos. Sólo podemos sospechar que la Iglesia se ha apartado una gran distancia de la pureza, el poder, y la búsqueda incansable de la verdad que la caracterizó en su comienzo. Favorablemente, hay un Dios que no ha cambiado y cuya intención es hacernos volver a ese mismo alto estándar.

Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles. Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. (Hechos 5:1-5).

Ananías y Safira probablemente trajeron una suma impresionante. Su pecado no fue haber sido tacaños, sino que hicieron ver lo que daban como si fuese todo cuando sólo era una parte, sin importar lo grande que haya sido esa parte. Podríamos estar tentados a preguntarnos, “¿Lo que hicieron en realidad fue tan malo? Después de todo, si doy una suma grande, ¿acaso no es virtualmente lo mismo como si diera todo lo que tengo? El hecho es que me reservo sólo una parte muy pequeña para mí mismo, y así no es realmente una mentira decir que lo di todo. En verdad, es como si hubiera puesto la suma total que tenía en la canasta de la ofrenda. Si algunos en la iglesia concluyen de mi generosidad que di todo lo que tenía, sería “legalista” y “literalista” corregirlos. De todas maneras, en comparación con lo que otros dan en la iglesia, mi parte en verdad equivale a dar todo. Representa una cantidad total.” De esta manera va la lógica tras el hecho de Ananías y Safira. ¡No fueron los últimos cristianos en redefinir la parte como un todo y justificar que pareciera como tal! Pedro no operaba de acuerdo con esa clase de lógica.

Pudo discernir por el Espíritu de Verdad y desenmascaró y confrontó la mentira de Ananías y Safira. Pueden haber tenido éxito al engañarse a sí mismos, pero no lograron engañar al Espíritu Santo. Ananías y Safira no solamente fueron mentirosos, sino también ladrones. Todo mentiroso es ladrón porque toda mentira es una manera de conseguir lo que no es legalmente de uno.

Gracia Abundante Y Unidad De Corazón

Los versículos que se hallan inmediatamente antes del relato de Ananías y Safira describen a una iglesia donde,

Los que habían creído eran de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común... Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles.” (Hechos 4:32,34-35).

La Iglesia en Jerusalén era de un corazón y uno de los resultados consistía en que **“con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos” (Hechos 4:33)**. Ananías y Safira vivieron en medio de esa iglesia. Ellos vieron la gracia abundante, el gozo, y la profundidad de la comunión que experimentaba la gente que lo había dado todo. Deseaban esa clase de gracia abundante para ellos pero fracasaron en establecer la conexión entre tal gracia y la unidad de corazón de aquellos que la experimentaban. Habían visto a Bernabé y a otros que llegaron y pusieron su dinero a los pies de los apóstoles. Hicieron lo mismo, pero sólo en apariencia, apenas en lo exterior. Buscaban obtener poder, gozo, y gran gracia al traer únicamente una parte en lugar de traerlo todo.

Necesitamos preguntarnos: ¿hacemos algo distinto de lo que hicieron Ananías y Safira cuando buscamos y esperamos gracia abundante y poder, mientras nos entregamos sólo en parte, mientras reclamamos que nos hemos entregado por completo? Todos queremos la gracia abundante, el consuelo profundo, la comunión íntima que imparte la verdad al reconocerla y al caminar en ella, pero lo queremos al precio de reconocer la verdad solamente como palabras y doctrinas. Queremos hablar verdades pero sin ser verdaderos; queremos poseer la verdad pero sin obedecerla. Traemos nuestra verdad verbal y parcial y la ponemos a los pies del estándar apostólico, y queremos que nuestra porción sea aceptada ¡como si fuera la totalidad! Y después de todo, ¿no es nuestra afirmación ortodoxa, evangélica, fundamentalista, o pentecostal, realmente mucho más elevada de la de tantos otros cristianos? Podemos haber retenido una pequeña porción para nosotros mismos, es decir, el derecho a exagerar ahora y después, el derecho a decir unas pocas mentiras “blancas,” para aparentar lo que no somos. Pero nadie es perfecto, e insistir sobre andar en la verdad es ser legalista, después de todo. Y de esta manera nuestras racionalizaciones continúan como en el caso de Ananías y Safira. La realidad es que si decimos ser hombres y mujeres de la verdad, mientras que en nuestro interior nos reservamos el derecho de no ser verdaderos, justificando pequeñas transigencias e hipocresías, entonces hemos presentado la parte como un todo y nos hemos propuesto en

nuestros corazones mentir al Espíritu Santo. Santiago escribió que la violación de uno de los mandamientos es igual a quebrantar toda la ley (Santiago 2:10). Decidir tolerar un engaño es violar la totalidad de la verdad. Ser verdadero en noventa y nueve por ciento y representar eso como si fuera la verdad absoluta y total, es mentir en gran manera.

La verdad que no es toda la verdad, no es la verdad *en absoluto*. El hombre que abraza a casi toda la verdad no está necesariamente más cerca a la verdad que aquel que no afirma nada de ella. De hecho, puede estar mucho más lejos. Es extraordinario lo lejos que algunas personas están preparadas a ir en el reconocimiento de quién es Jesús. Piensan de sí mismas que son muy generosas cuando le reconocen como un gran profeta y maestro y como todo un ejemplo moral. Tendemos a aplaudir tal “condescendencia.” Estamos listos a emocionarnos sobre cuán cerca de la salvación parecen estar tales personas. Después de todo, han reconocido más o menos noventa por ciento de la verdad. ¿Pero cómo podría alguien tener tal revelación, captar tantas verdades espirituales, y todavía ser enemigo de la verdad? ¿Cuántos cristianos se han sentido intimidados e insensatos en presencia de tales “buscadores de la verdad,” incapaces de insistir en la última parte que falta? “Seguramente esa persona es, en efecto, tan cristiana como yo. Con certeza su parte por ser tan grande, está tan cerca de la totalidad, que realmente equivale al todo.” Si no hemos entendido la naturaleza de la verdad, estaremos listos para ser intimidados de esa forma. Si no insistimos sobre toda la verdad para nosotros mismos, fracasaremos y retrocederemos al insistir sobre ese hábito para alguien más.

Abrazando Toda La Verdad

Reconocer a Jesús como profeta y maestro y sin embargo rehusarse a afirmar *toda* lo que dijo acerca de Sí mismo, es negarlo por completo. Tal reconocimiento parcial no se debe aplaudir; es más bien motivo de una preocupación mayor porque es una verdad parcial ofrecida en lugar de toda la verdad. Por tanto, es un engaño peligroso y una gran mentira. Alguien puede estar preparado para traer una porción muy generosa de la alabanza y la aprobación que se le debe a Jesús, y no toda, pero es la parte que se retiene la que constituye toda la diferencia.

Es aquella porción final de la verdad la que decide nuestra relación con la verdad. El versículo que ofende a nuestro orgullo, que va contra la esencia de nuestra propia comprensión, y que es probablemente el que ofende a los demás, es el que más importa. La última declaración que, si se afirma como algo final, en realidad da a Dios la autoridad definitiva en nuestras vidas y todo lo determina. Sí, creo todo lo que la Escritura enseña, excepto... acerca del infierno... acerca del juicio... acerca de la autoridad. Sí, creo que Dios es justo y soberano en todas Sus obras, excepto en esta tragedia, excepto en esta pérdida de alguien cerca a mí. Le doy gracias a Dios y le alabo en todas las circunstancias, excepto en esta. El asunto de creer, del amor, del señorío, no depende sobre el creer o el amor o la sumisión que es fácil para nosotros dar, sino sobre la parte en que somos más tentados a guardar para nosotros.

Pedro dijo a Ananías, **“No has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hechos 5:4)**. ¿A quién pensamos que mentimos cuando nos damos en parte y lo representamos como el

todo, cuando adoramos en parte, oramos en parte, amamos en parte, creemos en parte? **“Al oír Ananías *estas palabras*, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron” (Hechos 5:5).** Fue cuando Ananías oyó “estas palabras” que la completa y absoluta magnitud total de su engaño cayó sobre él. “No has mentido solamente a los hombres; no te has engañado solamente a ti. Tus razonamientos, tu autojustificación, tus pretensiones de ser un amante de la verdad, mientras te niegas a asentir a todo lo que Dios ha dicho, constituye una mentira para Dios mismo.” ¿Acaso el juicio que cayó sobre Ananías y Safira parece demasiado duro, demasiado severo para nosotros? Hasta que percibamos la magnitud de su pecado, al igual que el nuestro, su juicio permanecerá como una ofensa y un misterio para nosotros. Ananías y Safira nunca negaron que Cristo hubiera venido en carne. Nunca negaron Su resurrección corporal. Nunca contradijeron una sola doctrina de la fe. Sin embargo, por su engaño recibieron un juicio instantáneo. Ese juicio fue una afirmación de cuánto valor Dios da a la verdad. Ese alto fue comunicado a toda la Iglesia. **“Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hechos 5:11).** Todos fueron abrazados y sobrecogidos por el temor que también a ellos los pudieran sacar para enterrarlos, no sólo por alguna diferencia en la ortodoxia, sino por presentar a Dios una parte y decir que era el todo.

El Temor Del Dios De Verdad

¿A cuántos de nosotros nos gustaría ver al Espíritu de Dios en acción con tanta severidad con aquellos de nosotros que hemos sido indulgentes en el engaño y en las verdades a medias en nuestra propia generación, como el Espíritu lo hizo en la generación de ellos? En nuestra generación hay ausencia del “gran temor” que vino sobre la iglesia en Jerusalén; una ausencia de la admiración, el temor y el temblor que llenó a los creyentes que estaban ante un Dios que no toleró una mentira. Y no es coincidencia que esta elevada consideración por la verdad y este santo temor del Dios de verdad no sean las únicas cosas que faltan en nuestra generación. Los siguientes versículos comienzan así,

Y mediante la mano de los apóstoles las gentes del pueblo notaban cómo se hacían muchas señales y prodigios para ellas mismas... Y los que depositaban su fe en el Señor, aumentaban muchísimo, grandes cantidades tanto de hombres como de mujeres; hasta el extremo que sacaban los enfermos a las calles y los ponían en las aceras, para que al pasar Pedro, por lo menos la sombra del apóstol cayera sobre alguno de ellos. E inclusive de las aldeas vecinas muchas personas iban a Jerusalén y traían a los enfermos y a quienes los espíritus del mal atormentaban; y todos recibían su sanidad. (Hechos 5:12a, 14-16. Versión Libre).

El Espíritu de Dios se hizo presente con gran poder para sanar a los enfermos y para llevar a muchos al arrepentimiento desde el mismo instante en que Pedro, movido por el mismo Espíritu, confrontó a Ananías y a Safira. Hoy ese poder se encuentra ausente, y no se restaurará a la Iglesia hasta que la Iglesia se restaure al patrón de verdad que Dios estableció en el comienzo.

Que los hombres y mujeres no caigan muertos instantáneamente en nuestras congregaciones, no es una afirmación de la tolerancia de Dios para nuestros engaños y

mentiras. Aunque el juicio no sea así de repentino, no por eso deja de ser menos cierto. **“Sabroso es al hombre el pan de mentira; pero después su boca será llena de cascajo” (Proverbios 20:17).** ¿Cuánto de la estimación, la alegría, el prestigio, la paz que actualmente se gozan en la Iglesia están destinados a volverse cascajo en nuestras bocas? Por el momento tienen un sabor dulce, pero no ha habido ningún Pedro que nos desafíe. La verdad ha caído en una consideración baja y hay poco, si es que acaso existe, temor del Dios que aborrece todas las formas de la mentira. Las “mentiras blancas” y las exageraciones, así como las sutiles representaciones falsas son tan frecuentes que se tienen como normales, e inclusive hasta deseables y necesarias, en la conducta de la vida cristiana. Después de todo, la lógica perversa del engaño las hace parecer hasta ciertas. Si los ministros de Dios que trasgreden contra la verdad no caen muertos como Ananías y Safira, Dios debe haber cambiado, o la verdad ha cambiado desde los días del Libro de los Hechos. La realidad es que Dios no ha cambiado. Nuestras mentiras aún nos matan, sólo que más lentamente. Y morimos de hambre porque el pan del engaño, sin importar lo dulce y abundante, no es alimento verdadero.

Toda mentira es un acto de asombrosa presunción ¿Qué debe acontecer dentro de mi corazón para que crea que Dios no discierne mi engaño? Debo exaltar mis propios razonamientos por encima del Espíritu de Dios. Toda mentira es una elevación del ego sobre la verdad, por encima de aquel a quien miento. No puedo mentir a alguien y aun considerarle como más grande o siquiera igual a mí. El mismo acto de mentir me levanta por encima de aquel a quien engaño; lo degrada ante mis ojos. Por mentir al Espíritu Santo, Ananías y Safira se exaltaron a sí mismos por encima de Dios.

No es de sorprendernos entonces, que Pedro haya dicho a Ananías: **“...¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?...” (Hechos 5:3).** El diablo ha sido mentiroso desde el principio y es el padre de toda mentira (Juan 8:44). También es el padre del orgullo. Su caída fue un acto de autoexaltación, una presunción suprema de subir al nivel de Dios mismo. Su orgullo es en sí mismo una mentira, una afirmación de ser mucho más que Aquel en quien la verdad reside. El orgullo y el engaño han estado íntimamente relacionados desde el principio. Tienen una naturaleza común, un origen común. No fue nada menos que Satanás quien llenó el corazón de Ananías, tan justa y precisamente como no fue a nadie menos sino a Dios a quien Ananías mintió.

Toda Mentira Tiene su Raíz en el Padre de Las Mentiras

La mentira de Ananías implicó la presencia y la obra del espíritu de mentira en su corazón. Toda mentira tiene su raíz y su inspiración en el padre de las mentiras, pero la operación de ese espíritu en ninguna forma exoneró a Ananías. De hecho, en el versículo siguiente Pedro pregunta a Ananías, **“¿Por qué concebiste esto en tu corazón?” (Hechos 5:4. Versión Libre).** Satanás llenó y Ananías lo concibió. Ananías no fue una víctima inocente, sino un cómplice completo e íntimo. Le dio la bienvenida al engaño; fue un cómplice total e íntimo. Le dio la bienvenida al engaño y voluntariamente estuvo de acuerdo con el. Ananías y Safira no fueron más inocentes de lo que fueron Adán y Eva en el huerto cuando la serpiente vino y les ofreció la primera mentira: “No moriréis” (Génesis 3:4). Y ellos procedieron a tomar el fruto que prometía exaltación e igualdad

con Dios. Toda mentira es una afirmación del yo, un levantar del ego por encima de la verdad a un nivel igual al del Autor de la verdad—el mismo Dios. Es un desafío satánico de Dios. El orgullo y la presunción invitan y atraen hacia sí mismos al padre de las mentiras. El terreno está muy bien abonado con los razonamientos y con las justificaciones. Una vez que el corazón se llena con tales argumentos, sólo es cuestión de tiempo antes que se conciba toda clase de mentiras. Satanás viene a un corazón así y allí encuentra toda clase de oportunidades.

El Carácter Del Rey

Cuando el diablo vino a Jesús, no encontró nada en Él. Jesús era absolutamente verdadero. No había nada en Él que pudiera recibir y alimentar una mentira. No había ningún deseo de sobrepasar los límites de la verdad. Ese sometimiento a los límites que Dios nos ha dado es la humildad verdadera y es la esencia de andar en la verdad. Jesús era la verdad porque El es perfecta y verdaderamente humilde.

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres. (Filipenses 2:3,5-7).

Estos versículos describen el misterio de la encarnación de Dios en la carne humana. Estos se aplican también a todos nosotros que hemos sido llamados a ser hijos de Dios. Como tales, se nos proporcionan todas las oportunidades y las tentaciones de exaltarnos y volvernos arrogantes. Es muy tentador derivar de nuestra condición de hijos una elevada y gran imagen de nosotros mismos; por tanto, necesitamos que se nos recuerde el carácter del Rey y Su Reino. Jesús descendió desde lo alto y jamás se exaltó a Sí mismo de nuevo. **“Y estando en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).** Su humildad no fue en parte. No se quedó corta de ser una totalidad. Rehusó, sin reservas ni límites, defenderse a Sí mismo, para salvar algo de reputación e imagen, y salvarse a Sí mismo del dolor supremo del rechazo y de toda clase de malentendidos. Fue absolutamente verdadero y humilde. Ninguna tentación a salvarse y a exaltarse a Sí mismo, para poder hacer “bien” para Dios, pudo encontrar raíces en Su corazón. Ni siquiera la vista de la confusión y la desilusión tan dolorosas en los rostros de Sus seguidores pudieron provocarlo a salvarse a Sí mismo. La desgracia y la humillación de la cruz fueron la prueba final, la perfección de Su humildad y la confirmación de Su carácter. Pablo escribe, **“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.” (Filipenses 2:5).**

¿Cómo vamos nosotros, al igual que el mundo, a reconocer a unas personas que viven en toda la verdad del evangelio? ¿Cómo sabrá la gente que somos en verdad hijos del Rey? No será por ver cuán altamente nos exaltamos, ni por la grandiosa arquitectura de nuestros lugares de reunión, ni por el tamaño y la riqueza de nuestros ministerios. La señal segura que estamos en la verdad, y en Aquel que es verdad, consiste en que en nosotros se dé la misma actitud y el mismo sentir que hubo en Él. Es vano jactarse de

tener el “evangelio completo” cuando se tiene sólo la más pequeña parte del carácter de Aquel de quien trata el evangelio.

Humildad: Nuestra Necesidad—La Provisión De Dios

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria.” (Filipenses 2:3). La eliminación de tales motivos en nuestros corazones nos haría verdaderos instantáneamente porque a la mentira y al engaño no les quedarían lugares en donde ser concebidos. Pero, ¿cómo voy a obedecer tal exhortación cuando las tentaciones hacia el egoísmo y hacia la vanagloria son tan poderosas, tan sutiles y siempre tan presentes? Por esto no es de extrañar que Pablo continúe diciendo, **“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor.” (Filipenses 2:12).** Las anteriores palabras se pueden parafrasear en una forma muy libre así: **“Ocúpanse, cultiven, lleven a cabo la meta y completen totalmente, la propia salvación de ustedes mismos con reverencia, asombro y temblor [autodesconfianza, es decir, con serio cuidado, ternura de conciencia, siempre vigilantes contra la tentación].”** El requisito de ser verdaderos es en sí mismo abrumador, una vez que se capta de manera absoluta. El requisito de ser humildes y de tener la misma mente que estaba en Cristo como el terreno y la base para ser verdaderos es aún más exigente. Hay una diligencia llena de temor que caracteriza a aquel que ha contemplado la sutileza y la influencia de su propio egoísmo y orgullo y que ha sentido el verdadero significado y valor de la verdad. Ese temor y temblor aumenta la sensibilidad a la presencia de las señales de “Pare” del Espíritu. Aumenta nuestro discernimiento de lo que comunica todo gesto, toda entonación de la voz y toda expresión del rostro.

“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad.” (Filipenses 2:12-13). Saber que Dios en nosotros quiere y hace lo que le agrada, debería hacernos a todos temblar aún más, pero el temor que este conocimiento produce no es aquella clase que paraliza y le lleva a uno a la desesperación. Esta fuente final de temblor es al mismo tiempo la fuente definitiva de la esperanza. Así como el Espíritu de Verdad se ha provisto para que se realice el requisito de ser verdaderos, de la misma manera el Espíritu de Cristo—Dios en nosotros—es la provisión para realizar el requisito de ser humildes. La provisión de Dios está escondida para el hombre que aún cree en su corazón que no la necesita. El que aún cree que puede ser como Cristo, inclusive en la humildad de Cristo, aquel para quien la mente de Cristo, como verdad de vida, es todavía su cumplimiento en sus propias fuerzas y su propia buena obra, queda ciego a la provisión de Dios. La creencia que puedo alcanzar la humildad es el engaño final. La imitación, la simulación en mi propia fuerza de la mente que estaba en Cristo Jesús es el último acto de arrogancia y la más vana y blasfema de las mentiras. Es la exaltación del yo y el concepto equivocado de humildad. Es el fracaso de ver la humildad como un estado de ser al que sólo se puede llegar únicamente por el Espíritu de Dios.

¿Quién Es Suficiente?

La provisión de Dios está reservada para el hombre que clama con Pablo: **“Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Corintios 2:16).** Darnos cuenta que Dios en nosotros

quiere y hace, causando temor y temblor al mismo tiempo, produce la humildad definitiva que nos hace libres para ser verdaderos. La verdad es que no lo podemos hacer por nosotros mismos. Se requiere de Dios en nosotros para hacernos como Jesús, para hacernos verdaderos. La salvación definitiva de la tiranía del yo viene con la revelación que no podemos hacernos humildes ni verdaderos a nosotros mismos. Sólo tenemos que desearlo con todo nuestro corazón y tener la intención de hacerlo. No podemos perfeccionarnos nosotros mismos ¿y qué más humillante o verdadero que eso?

Queremos levantarnos, ascender, subir, pero parecemos casi incapaces de aprehender y captar que el camino de Dios hacia el lugar alto al que aspiramos es uno que siempre lleva hacia abajo. Darnos cuenta que Dios está en nosotros y que nos hace verdaderos, es humillante, y abate nuestras almas. Jesús descendió de los cielos a la tierra, bajó de la divinidad para lavar los pies de Sus propios discípulos, bajó al Jordán, descendió dentro del bautismo, bajo al irrespeto, al rechazo, a la debilidad y a una muerte desnuda y humillante. **“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9).** Toda mentira es una exaltación del ego. El orgullo únicamente es capaz de alcanzar lo alto. Si vamos a ser verdaderos, entonces vamos a tener que descender, no a subir, en toda la verdad.

Lo Que Sube *Primero* Debe Bajar

Y eso de que subió, ¿qué es sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (Efesios 4:9-10).

En la economía divina, todo cuanto sube necesariamente debe primero bajar. Todo el que entra en las verdades de Dios por cualquier otro camino es un ladrón. No es posible escalar y saltar el muro. Usted no puede usar ni el intelecto, ni las emociones, ni las experiencias espirituales, para saltárselo a fin de obtener la verdad divina. Intentarlo de esta manera, en sí mismo es una prueba irrefutable de ser un usurpador de la verdad en lugar de ser un amante de la verdad. El amante es aquel que es atraído y entra por la puerta de la humildad; es quien oye la voz del Amo y le sigue. El Espíritu de Cristo le guía a toda verdad, por el sendero de una humildad siempre en crecimiento. Dentro de los límites de la verdad, al que así entra legalmente, hay suficiente conocimiento y experiencias para satisfacer al intelecto más agudo y al alma más sensible. Estas son hechas benignas y puras sólo por medio de la humildad. Tener en nosotros esa mente que estaba en Él, es el comienzo y el fin de venir a ser verdaderos.

La Entrada Triunfal de Jesús

Jesús hizo otro descenso que se registra en las Escrituras y que se ha venido a conocer como Su entrada triunfal a Jerusalén. El término “triumfal” nos sugiere una fila de por lo menos un kilómetro de vehículos resplandecientes en sus brillos cromados, escoltas de motocicletas, banderas ondeantes, y todos los elementos propios de la pompa y la grandeza. Sin embargo, la entrada de Jesús en Jerusalén fue a lomos de un pollino de asno, por una loma que bajaba desde el Monte de los Olivos. El animalito era tan joven

que nadie lo había montado jamás. La escena es una imagen absurda: una figura patética que salta y se detiene, un borriquillo que lleva a cuestas un hombre adulto cuyos pies casi tocan el suelo. *Esta* fue la entrada del Rey a Jerusalén. Nada de oro ni esplendor, ni trompetas, ni una silla cargada por siervos. **“Todo esto aconteció,”** comenta Mateo, **“para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga” (Mateo 21:4-5).**

La respuesta inicial de la gente fue regocijarse muchísimo, tal como el profeta Zacarías lo había anunciado (Zacarías 9:9).

Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!” (Marcos 11:9-10).

Sus respuestas demostraron ser de muy corta vida. Apenas un poquito de tiempo después, Jesús se lamentó sobre una Jerusalén que le rechazó a Él y a Su Reino, que rehusó el consuelo de Dios y que no dejó ninguna expectativa ante sí misma, sino la devastación y el juicio:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!... He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor. (Mateo 23:37-39).

Deseando La Humildad Del Señor Más Que Su Poder

Nuestra respuesta a Dios y a Su Santo Espíritu no ha cambiado mucho desde entonces. Lo que primero notamos es el poder y la exaltación del Espíritu y a eso respondemos. Estamos listos para gritar “¡Hosanna!” pero somos muy lentos para reconocer las implicaciones del humilde borriquillo que el Señor busca y sobre el cual elige venir. Sólo muy tardíamente comenzamos a darnos cuenta que el pollino de asno no es un accidente, no es un detalle del que se pueda disponer, sino una parte inseparable de la llegada del Rey. No puede venir a Su Iglesia y al mundo excepto en y a través de la más perfecta humildad. Esa es Su naturaleza, Su mismísimo nombre. Uno casi que puede oír al Espíritu, mirando sobre la Jerusalén de esta generación actual, repitiendo las palabras de Jesús, “No me volverán a ver otra vez, no en el poder ni en la autoridad ni en la realeza que era en el principio, sino hasta cuando ustedes digan: ¡Bendito el que viene, no en pompa sino en mansedumbre, no en arrogancia y prestigio sino en humildad a lomos de un burrito, en el nombre del Señor!” Si vamos a recibir al Espíritu del Señor en poder, sin medida, vamos a tener que darle la bienvenida a Él y desearle y estimarle tan humildemente—y desear Su humildad para nosotros más que Su poder. Si a Él no se le recibe con humildad, enfrentamos la posibilidad que nuestra casa quede desierta y desolada.

¿Cómo es que el Espíritu de Cristo va a venir a un mundo desesperado por realidad y verdad? Necesita un cuerpo para morar; necesita sangre y carne para llevar el mismo Espíritu de Jesús. Hemos estado muy ocupados preparándonos con todas las riquezas del mundo. Hemos supuesto que Él espera una Iglesia que tiene confianza en su propio poder, capaz de ajustarse y de vencer al mundo en seguridad, grandeza y riqueza, cuando El ha estado actualmente en espera de una iglesia muy distinta, un Cuerpo muy diferente a través del cual pueda comunicarse al mundo—una Iglesia que se parezca a un pollino humilde, un burrito, hijo de asno. Nosotros—y el mundo—no le veremos a Él de nuevo hasta que estemos dispuestos a ser eso.

Si en el corazón de una mentira están el orgullo y la arrogancia, entonces en el corazón de la verdad se encuentra la humildad. La deshonestidad es inseparable del orgullo; sólo puede habitar y expresarse por medio de la autoafirmación, el autoservicio y las autoglorificación. El espíritu de la mentira busca un cuerpo que tenga las mismas medidas de su naturaleza. Se siente en casa dondequiera que se encuentren la arrogancia y la presunción. El Espíritu de la Verdad no puede y no quiere morar ni bendecir un cuerpo así. Los discípulos recibieron el Espíritu en medida completa, porque fueron doblegados en humildad y verdad. Ese patrón no ha cambiado ni cambiará. Todas las cosas buenas descienden del cielo para quienes son lo suficientemente humildes para recibirlas. Si esperamos pacientemente, sirviendo con toda fidelidad a nuestro Amo en los requisitos diarios y mundanos de la vida, ensillados como ese burrito, al lado del camino del Calvario, Jesús sabrá dónde estamos. En el tiempo preciso y correcto nos llamará, nos liberará, y entraremos en Su Reino con El.

La Nueva Jerusalén

Hay un instante más en las Escrituras de algo que desciende de arriba:

Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido... Vino entonces a mí uno de los siete ángeles... y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal... la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio... Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella... No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. (Apocalipsis 21:2,9-11,18b, 22-24a, 27).

La última visión de la Iglesia que aparece en las Escrituras es la de una ciudad donde cada piedra está perfectamente encajada con las demás, que es clara como el cristal, sin la menor sombra ni neblina. La luz fluye sin ningún impedimento y sin ninguna distorsión a

través de esta Iglesia. Es completamente visible al mundo, no porque se haya levantado sobre sí misma, no porque haya dominado el arte de las relaciones públicas y la explotación de los medios de comunicación, sino porque es transparente, verdadera, y llena de luz.

No tiene necesidad de luz natural. La gloria de Dios es su iluminación. Y la lámpara donde la luz brilla, es el Cordero de Dios. Es Cristo en Su humildad, en Su mansedumbre, como el Cordero de Dios, que se sienta sobre el trono y llena a la Iglesia con luz viva. La luz de la Iglesia por la cual las naciones andarán viene a través de la humildad de Cristo. Nada que sea inmundo, ninguna abominación, ni ninguna mentira pueden entrar en ella. Ninguna piedra que refleje luz sobre sí misma, que trate de poseer y controlar y emplear la luz, o que la desvíe y le dé cierta forma para sus propios fines puede ser parte de esta ciudad. La novia del Cordero es sin mancha ni arruga. Está libre de todo engaño. Es humilde y es verdadera. Es la gloria de Cristo, quien es la gloria de Dios. Esto es lo que Dios ha preparado, piedra por piedra, y Él continuará haciéndolo hasta cuando pueda mirar hacia abajo, sobre nosotros, y regocijarse de ver que Sus hijos andan en la verdad. Nuestro destino es ser mucho más que “correctos.” Se nos ordena ser llenos de luz. Necesitamos poner nuestra visión sobre esta meta, contemplar la ciudad que desciende de los cielos y buscar la gracia que se nos ha sido dada para hacernos piedras transparentes, irradiando la luz y la gloria y la verdad de Dios. Amén.